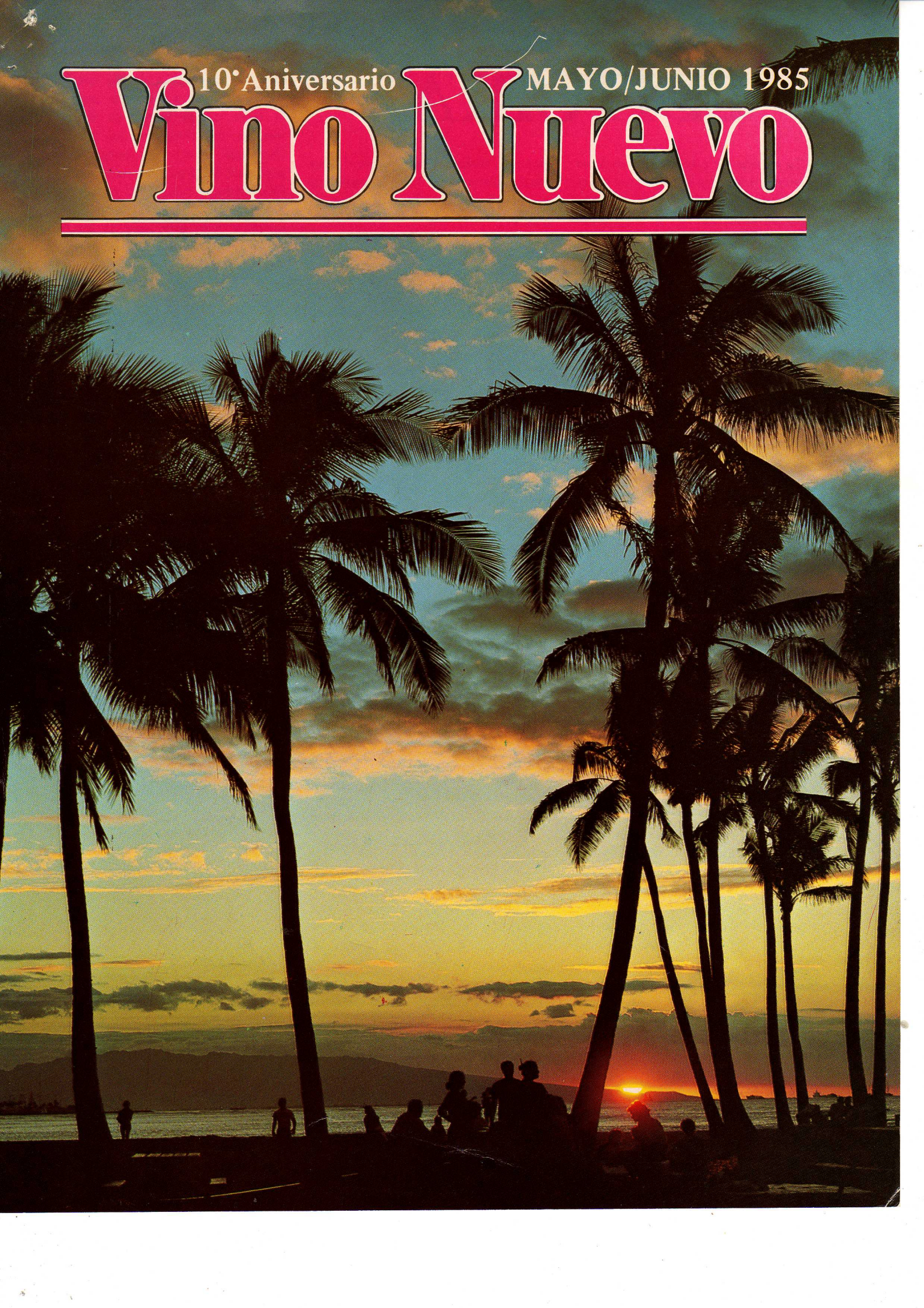


10° Aniversario MAYO/JUNIO 1985

Vino Nuevo



EDITORIAL

La edición de este número de *Vino Nuevo* es muy significativa para nosotros, porque marca diez años de su publicación continua. No es posible calcular el alcance, ni el impacto que la revista haya logrado en este tiempo. Sólo el Señor y cada lector lo saben. Las cartas que hemos recibido nos dan cierta indicación de lo que *Vino Nuevo* ha significado para la Iglesia del Señor en Latinoamérica.

Tampoco tenemos la intención de enumerar lo que creemos haber hecho, ni queremos dar una impresión de satisfacción carnal, pero valoramos altamente el testimonio de nuestros lectores. Como por ejemplo la carta del hermano de Argentina que dice: "...fui felizmente sorprendido por una de sus revistas que leí por primera vez. Quedé impresionado por la agilidad en que se desarrollan los temas, su alto contenido espiritual y las profundidades que alcanza en los que la leen..."

Y la del hermano de España que dice: "No ceso de dar gracias a Dios por el acierto, la visión y el alimento espiritual de la revista que ustedes dirigen... Cuando llegan los ejemplares de *Vino Nuevo* van pasando de mano en mano rápidamente, incluso a veces en nuestras reuniones se han comentado algunos artículos."

Otra carta que nos animó mucho fue la de un hermano de Cuba que dice: "Considero que la obra que ustedes hacen por medio de *Vino Nuevo* es preciosa, porque su contenido es una fuente de bendición y de enseñanza para todos los que la leen. Pido al Señor que continúe bendiciendo su labor y que supla todo lo que se necesite para seguir adelante. Lamentamos grandemente que no todas las revistas nos lleguen..."

Queremos manifestar nuestro agradecimiento a Dios por habernos permitido servir a su Cuerpo en esta región. Agradecemos que, a pesar del incremento en los costos de la producción, el Señor haya suplido los recursos necesarios para que *Vino Nuevo* haya sido publicado consistentemente, sin

ninguna interrupción, durante diez años. Creemos que esta consistencia es un elemento calificador para la revista.

El factor económico ha sido uno de los retos más grandes que hemos enfrentado en este tiempo. Agradecemos la fidelidad de Dios a través de nuestros hermanos del norte que nos han permitido hacer los envíos prácticamente sin recortes. No queremos pasar por alto el trabajo de los hermanos del Centro para desarrollo cristiano, ni las contribuciones suyas, ni el esfuerzo desinteresado de nuestros representantes en los diversos países. Más recursos significaría un alcance mayor. Sus oraciones en esta dirección son muy apreciadas.

Desde un punto de vista humano, la situación de nuestra América no tiene remedio. La propagación de las guerras y las revoluciones y del terrorismo internacional son sólo consecuencias del pecado y de la desesperación en que ha caído el hombre. La estrategia de Satanás, nuestro verdadero enemigo, es la de dividir para conquistar y por eso mantiene a nuestras naciones hermanas en eferescencia.

La injusticia y la ambición con que los movimientos revolucionarios de ambos extremos pretenden acabar, son parte de la naturaleza degenerada de los hombres sin Dios y ninguna solución humana terminará con eso.

La gente del mundo sabe instintivamente que la solución es un cambio de gobierno. Cuando alguien o algo ofrece cambios, sea por guerra o por sufragio, la frustración los hace aferrarse a una esperanza sin fundamento, como quien se ahoga se agarra de cualquier cosa que le tienen. Pero los gobiernos que se imponen no pueden traer el resultado que anhelan aunque lo hagan con toda la sinceridad del mundo.

Nosotros también creemos que tiene que haber un cambio de gobierno. Pero primero tiene que venir internamente en las vidas de las personas. Hablamos del gobierno de

Dios en el corazón de los hombres. A veces nuestra pequeña parte en la tarea de la Iglesia de llevar el mensaje del evangelio del reino de Dios nos parece tan insignificante, pero por las Escrituras sabemos que Dios siempre cumple su propósito y llevamos las de ganar. Estamos persuadidos que igual que el Espíritu de Dios se movió sobre la tierra vacía, desordenada y en tinieblas y de la nada nos dio esta hermosa creación, así se mueve hoy el Espíritu Santo sobre este caos para establecer el reino de Dios con justicia, paz y alegría.

Queremos que *Vino Nuevo*, como una revista de enseñanza, sea uno de los instrumentos y vehículos que Dios use para llevar Su Palabra ungida a todas las naciones de este continente. Muchas gracias por estar con nosotros.

Hugo M. Zelaya Director

Director:

Hugo M. Zelaya

Editor:

Noé Martínez Quesada

Administrador:

Guyon H. Massey

Circulación:

Emilio García Sarmiento

VINO NUEVO es publicada bimestralmente por

el Centro Para Desarrollo Cristiano, Apartado 5551, Teléfono: 36-31-26, San José, Costa Rica

© Copyright 1985

Derechos Reservados

Prohibida la reproducción

total o parcial

sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores.

El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera.

Impreso en Costa Rica
Por Litografía Costa Rica, S. A.

ARTICULOS

10
AÑOS

4
Pensamiento y perspectiva
de nuestros autores

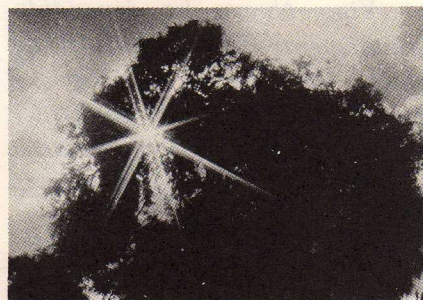
7
¿Por cuál lado del camino?
Don Basham

12
El Rey de Gloria
Ern Baxter

17
Juzgar o no juzgar
Derek Prince

24
Diagnosticando el pecado en sus inicios
Bob Mumford

30
Una señal viviente
Charles Simpson



12



24



30

PENSAMIENTO Y PERSPECTIVA de nuestros autores

Vino Nuevo ha dependido grandemente de la enseñanza de cinco maestros de la Biblia, a quienes Dios ha usado para traer al Cuerpo de Cristo en todo el mundo, enseñanzas olvidadas o

descuidadas, con un enfoque fresco y pertinente. Nos referimos a los hermanos Don Basham, Ern Baxter, Bob Mumford, Derek Prince y Charles Simpson.

En este número de aniversario, hemos querido recoger, no sólo la enseñanza que consideramos de mayor impacto, sino también algunas de sus impresiones y experiencias personales.

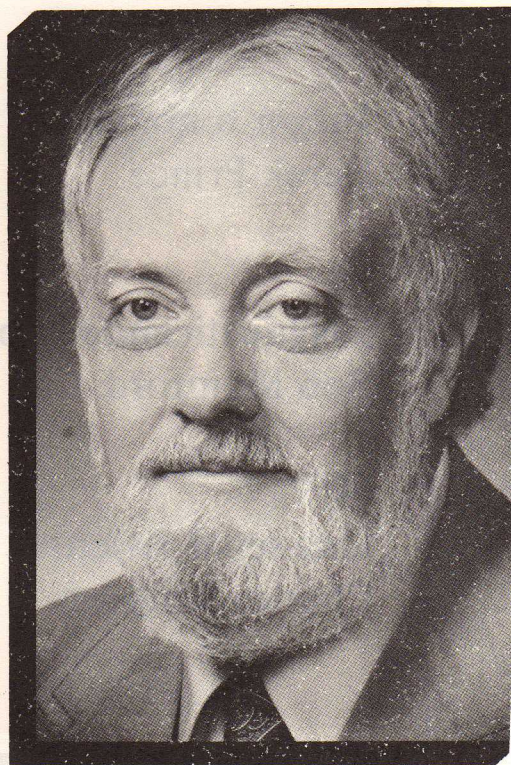
Don Basham relata su comienzo como maestro itinerante y las razones de lo controversial de sus enseñanzas

El derramamiento del Espíritu Santo que comenzó en los Estados Unidos a principios de 1960, desalojó a un número de pastores denominacionales de sus púlpitos y los inició en ministerios itinerantes, viajando por todo el país como oradores en conferencias y retiros. Yo fui uno de estos hombres. En 1968, me mudé a la Florida para comenzar este tipo de ministerio y para escribir. Un factor importante en este cambio es mi asociación, en sus inicios, con la revista *New Wine*, *Vino Nuevo*, y con los otros maestros que integran su junta editorial.

Los ministerios de hombres que tratan proféticamente con verdades espirituales de cierta significación, casi invariablemente se ven envueltos en la controversia, y así ha sido con nosotros. Los temas más controversiales han sido, el bautismo y los dones del

Espíritu Santo, el orden divino en el hogar, la liberación de demonios, el discipulado, y toda persona necesita un pastor. El discipulado fue el que nos trajo los ataques personales más absurdos. Aunque muchos otros ministros e iglesias discipulaban también, las críticas y el vilipendio cayó sobre los cinco de nosotros.

Si bien nunca hemos titubeado en publicar la verdad que algunos sienten controversial, tampoco hemos querido hacer ningún énfasis espiritual en particular, castigando las otras verdades. Más bien, nos hemos esforzado para publicar una enseñanza madura y equilibrada en una variedad muy amplia de temas pertinentes al reino de Dios y a la madurez de toda la Iglesia, incluyendo la perspectiva y la enseñanza de otros maestros y líderes cristianos. Sin embargo, periódicamente salen artículos que causan excitación en algunos lectores.



Ern Baxter relata qué lo atrajo a asociarse con los otros maestros y sus impresiones sobre el futuro del mundo y de la iglesia en general.



Dos cosas me atrajeron en esta dirección hace once años. Primero, fue el concepto de que todo hombre necesita un pastor, aunque él mismo sea pastor. Durante muchos años había mantenido unida a una iglesia grande a base de predicación fuerte, pero me hacía falta la clase de contacto pastoral personal que veía en la Biblia.

Segundo, aunque siempre tuve buenos amigos en mis cuarenta años de ministerio, nunca tuve a alguien que pudiera darme, en mi posición de ministro, la protección y la seguridad que necesitaba, a un nivel más que profesional y casual.

En cuanto a lo que está sucediendo cultural y políticamente, es bien sobrio. Nuestra sociedad lleva consigo las semillas de su propia destrucción y probablemente ya esté declinando seriamente. Sin embargo, si logramos discernir el patrón histórico, veremos que es una forma del juicio providencial. Y

cada vez que Dios juzga algo providencialmente, se apresta también para redimirlo.

Bien pudiéramos estar en el punto donde el hombre ya haya agotado todas sus energías y sus opciones como resultado de escuchar a su intelecto, ignorando a su alma. Creo que estamos al borde de alguna confrontación providencial del juicio de Dios o de su actividad redentiva.

También veo un retorno de la actividad básica del Espíritu Santo, con énfasis en los dones, las sanidades, la liberación de demonios, etc. Sin embargo, espero que la iglesia no siga cometiendo el mismo error que he visto por más de cincuenta años, de hacer de estas manifestaciones un fin en sí mismas. Cuando Jesús hizo sus milagros fue para llamar la atención de la gente para que escucharan lo que Dios lo había enviado a proclamar. Jesús usó los milagros para declarar el Reino de Dios y nosotros debemos de hacer lo mismo también.

Bob Mumford habla del énfasis en su ministerio y lo que ve en el futuro

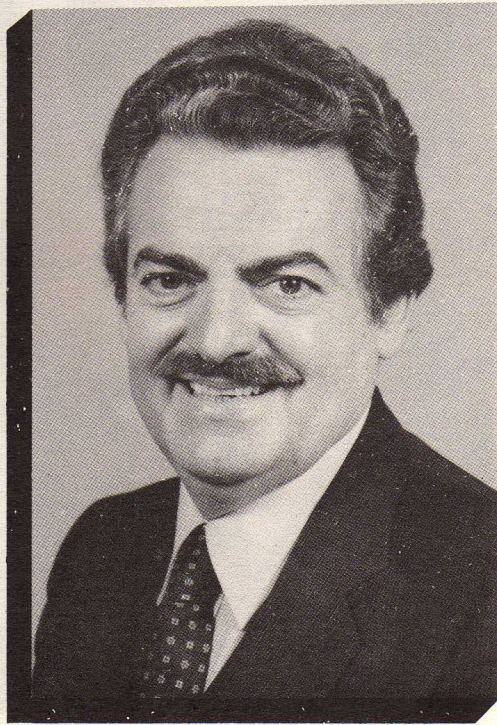
Dos temas saltan a la luz: la necesidad de madurez en la Iglesia y, el mensaje del reino de Dios. Siempre me ha interesado "la manera" de implementar las verdades de Dios. Muchos nos dicen "qué" hacer, pero pocos "cómo" hacerlo.

El reino de Dios es el mensaje que Jesús vino anunciando. Un reino es una forma de gobierno y los cristianos necesitamos escudriñar el Nuevo Testamento desde esta perspectiva de gobierno. El reino de Dios es su gobierno. Jesús es el rey y como tal promulga mandatos para que sean obedecidos.

También anticipo la restauración de los ministerios apostólicos y proféticos para la Iglesia. Creo con todo mi corazón que dentro de los siguientes

cinco años comenzaremos a ver hombres con estos ministerios incuestionables, cuya estatura y respeto rebasarán los límites denominacionales y de grupo. Su voz profética y apostólica será oída por grandes sectores del cuerpo de Cristo.

El reto está en cómo responderá la Iglesia. En los tiempos bíblicos cuando Dios usaba a un profeta para dirigirse a su pueblo, sólo dejaba una alternativa: recibir su mensaje y cambiar sus caminos o deshacerse del profeta. Otro aspecto de este reto será la manera en que estos ministros respondan entre sí. Si se honran y respetan, el reconocimiento se filtrará por toda la Iglesia y traerá una comprensión más amplia del gobierno de Dios.



Derek Prince considera su actitud en su enseñanza y lo que ve adelante



Uno de los tópicos más importantes ha sido la guerra espiritual. Otro, la madurez o edificación del carácter cristiano. También la centralidad del hogar y la familia, y los peligros del humanismo secular.

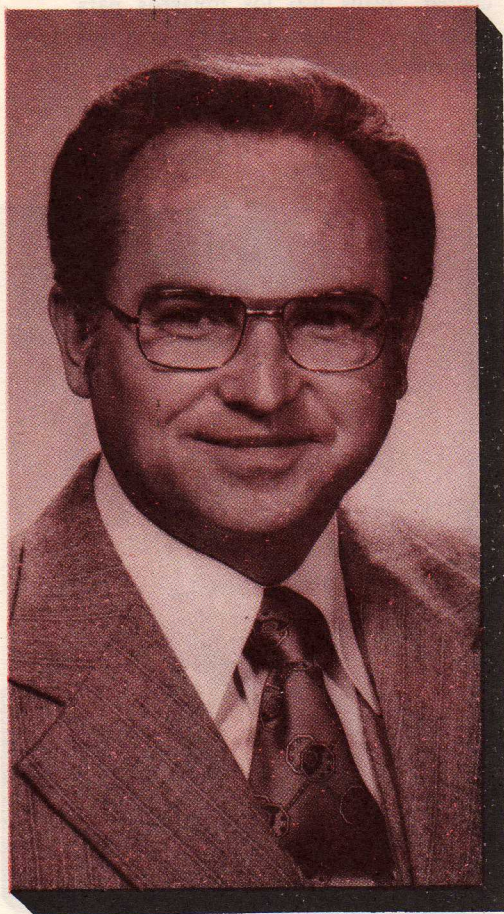
Pienso que en términos generales, por la gracia de Dios hemos mantenido una buena actitud. Hemos buscado presentar la verdad con gracia y sin tratar de defendernos. Hay un dicho en latín que dice: "Grande es la verdad y prevalecerá". Pablo dice en 2 Corintios 13:8 que "nada podemos contra la verdad". Lo único que me interesa es que continuemos en línea con esa verdad, particularmente la que se necesita ahora para el pueblo de Dios. Es importante que el Espíritu Santo nos ayude a salir con un mensaje oportuno y a tiempo.

Las Escrituras enfatizan consistentemente la necesidad de la oración. También la necesidad de sumergirnos en las Escrituras. Si no dedicamos tiempo a ambas, la fe se disipa. Estamos entrando en un tiempo en el que nuestra mayor necesidad será de fe y no la tendremos si no la edificamos ahora.

Todas las evidencias indican que viene una nueva ola del Espíritu Santo, similar a la que nos impulsó a comenzar la publicación de la revista y debemos estar preparados para las oportunidades y retos que eso nos presentará.

Espero que en vez de concentrarnos en ser demasiado profundos, seamos un instrumento de enseñanza práctica que llene las necesidades de los miles que nacerán de nuevo en el reino de Dios.

Charles Simpson describe su ministerio y sus aspiraciones personales



Es muy difícil describir nuestro papel para la Iglesia en general. Tal vez lo más acertado sería decir que hemos sido llamados para ser maestros proféticos; para enseñar en nuestras publicaciones y ministerios y para implementar lo que sentimos que Dios está diciendo. Es decir, para practicar lo que predicamos. Dios nos ha llamado para que seamos pioneros. Este proceso nos ha llevado en una jornada emocionante y precaria a la vez. Ha manifestado nuestras debilidades y la fidelidad de Dios para nosotros. Verdaderamente "la palabra de Dios nos ha probado".

Muchos son los que se nos han acercado en busca de dirección. Y una cosa es ser un pionero y otra un dirigente. Se puede enseñar proféticamente, exhortar a otros, y ser ejemplo de lo que se enseña, pero dirigir a otros en estas áreas, es infinitamente más demandante y peligroso. Alguien ha dicho: "Un paso adelante y eres un líder. Dos pasos adelante y eres un pionero. Tres pasos adelante y eres un mártir".

Cuando escribimos, no aspiramos a dirigirnos a un solo grupo de iglesias, o sólo a la Iglesia en general. Realmente deseamos que la enseñanza y el consejo de Dios que presentan las Escrituras sean recibidos por todo el mundo. Queremos levantar a nuestro Señor Jesucristo como la cabeza de *toda* la Iglesia y como el verdadero soberano de *toda* la creación. También queremos ser parte de la ola poderosa del Espíritu Santo que vemos venir sobre *toda* la Iglesia.

Queremos continuar caminando hacia la madurez en lo que predicamos y publicamos. Haremos nuestra parte en comunicar la porción de la verdad y el amor que recibamos de Dios. Anhelamos que la victoria de Cristo se refleje en su Iglesia triunfante. Aspiramos a ser buenos administradores de lo que el Espíritu Santo nos ha confiado, y queremos ver la unidad armoniosa del pueblo de Dios. Anhelamos tener una visión del mundo como Dios lo ve para que pueda ser comunicada con toda claridad hasta que todos los reinos de este mundo lleguen a ser el reino de nuestro Dios y su Cristo.

Por cuál lado del camino?

por Don Basham



Una cosa te falta: anda y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en los cielos; y ven, sígueme.

Pero al oír estas palabras se afligió, y se fue triste porque tenía muchas posesiones (vs. 21-22).

Hay dos ocasiones distintas en las Escrituras en las que dos hombres le hicieron la misma pregunta a Jesús: “¿Qué haré para heredar la vida eterna?” Su respuesta fue diferente en cada oportunidad; cada uno de estos hombres tenía un problema particular.

El capítulo 10 de Marcos narra la bien conocida historia del joven rico que se acercó a Jesús y le hizo esa pregunta. Cuando Jesús le dijo que obedeciera los mandamientos de Dios, él le respondió: “Maestro, todas estas cosas he guardado desde mi juventud” (v. 20). Jesús sabía que el joven rico era sincero y el Señor quiso responderle de una manera que le fuese de ayuda. Sin embargo, vio la gran necesidad en su vida y se dirigió a ella directamente.

El obstáculo que este joven rico tenía para comprometerse en la manera que Dios lo quería, eran sus muchas posesiones. No pudo dejar su dinero para entrar en la clase de vida y ministerio que Dios tenía para él. A pesar de su sinceridad cuando hizo la pregunta, no fue capaz de comprometerse con la voluntad de Dios para su vida.

En Lucas 10 leemos sobre el otro hombre que hizo la misma pregunta. Este era un intérprete de la ley que intentaba probar a Jesús. “Entonces cierto intérprete de la ley se levantó, y para probarle dijo: Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?” (v. 25). En esta ocasión el Señor no respondió de inmediato como lo había hecho con el joven rico, sino que él también le hizo una pregunta: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?” (v. 26). El intérprete le respondió con un solo versículo del Antiguo Testamento:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.

Y Jesús le dijo: Has respondido bien; haz esto y vivirás.

Pero queriendo justificarse a sí mismo, él dijo a Jesús: Y ¿quién es mi prójimo? (vs. 27-29).

Básicamente este hombre preguntaba: ¿Con quién y hasta qué grado es mi compromiso? Esta pregunta está fundamentalmente ligada con lo que Dios nos está diciendo hoy.

En respuesta, Jesús cuenta una parábola de un hombre que viajaba de Jerusalén a Jericó y que fue atacado por ladrones. Le robaron lo que tenía, lo golpearon brutalmente y lo dejaron medio muerto. Pasó un sacerdote y luego un levita y ambos pasaron por el otro lado del camino para evitarlo, pero un samaritano se le acercó y se involucró totalmente en el cuidado de este hombre.

Para completar la parábola, Jesús le pregunta al intérprete de la ley: "¿Cuál de estos tres piensas tú que demostró ser prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?" Cuando este respondió que el que le había mostrado misericordia, Jesús le dijo sencillamente: "Ve y haz tú lo mismo" (vs. 36-37).

¿Quién es el prójimo?

Los cuatro personajes que escogió Jesús para contar su parábola, nos enseñan lo que significa involucrarse. El primero que menciona Jesús es el hombre que cayó entre salteadores, que fue despojado, golpeado y abandonado medio muerto. Pudo haber sido un negociante de viaje en función de su trabajo, que en un momento gozaba de buena salud, y que al siguiente instante, sin tener él la culpa, cae víctima de un crimen.

Quiero hacer la observación que el mundo está lleno de esta clase de víctimas. Estamos rodeados de personas heridas y de vez en cuando nosotros mismos somos las víctimas. No sólo los individuos han sido el blanco de los asaltos del enemigo, sino también la familia, la iglesia y la nación entera. Para que nuestro compromiso cuente de verdad, tenemos que involucrarnos con todos aquellos que han caído víctimas de los salteadores. Jesús dice que para amar al prójimo tenemos que hacer algo con lo que lo está lastimando o le está causando dificultades en su vida.

Después viene el segundo personaje de la parábola: el sacerdote. No había nadie más importante que los sacerdotes en los días de Jesús. Su función principal consistía en dirigir la adoración y cualquier otro ministerio en el templo. En segundo lugar, él era quien ministraba la palabra de Dios al pueblo. Es obvio, por lo tanto, que este sacerdote que viajaba de Jerusalén a Jericó era un hombre que tenía un ministerio importante. Era un hombre fiel a su profesión y entregado a Dios. Podríamos compararlo con cualquier líder religioso en nuestros días a sus anchas en toda clase de reuniones religiosas. Tal vez llevaba semanas de no ir a casa e iba camino a otra serie de reuniones, respondiendo a ese poderoso llamado tan familiar a todos nosotros los ministros: "Hermano, lo necesitamos aquí." Quién sabe si ahora no iba camino a alguna convención en Jericó, muy apurado por llegar a tiempo a la reunión donde lo esperaban unos cuantos miles de personas. De repente, se encuentra con este hombre herido en medio del camino. Realmente que la situación es bien incómoda y la decisión muy difícil de hacer entre su ministerio público y este asunto tan desagradable.

Casi puedo oír lo que seguramente pensó: "Después de todo soy el orador principal. El éxito de la convención depende de mí. Los preparativos se han hecho desde hace nueve meses y mucho ayuno y oración han precedido a esta campaña." Hizo su decisión y pasó de lejos por el otro lado del camino.

El tercer protagonista en este drama es el levita. Este era un hombre religioso también. No era un maestro bíblico como el sacerdote, sin embargo, su responsabilidad tenía que ver con el cuidado del templo y otros asuntos religiosos. Él también iba camino a la convención en Jericó. No era el orador principal, pero tal vez era el presidente del comité organizador. Seguramente tenía que dirigir la reunión esa noche y recoger la ofrenda. El éxito de la campaña estaba en la balanza; todo dependía de su habilidad para recoger una buena ofrenda. También él es confrontado con una difícil situación. "Si me detengo para ayudar a este pobre viajero, me voy a ver complicado en su problema y no voy a llegar a tiempo a la convención. Si no estoy allí para hacerme cargo de las cosas, la campaña no logrará alcanzar su presupuesto." Él también hizo su decisión y pasó por el otro lado del camino.

El cuarto actor que entra en la parábola es el samaritano. Los samaritanos en los días de Jesús

eran un grupo marginado; una secta y una minoría despreciada. Los israelitas odiaban tanto a los samaritanos que preferían rodear sus ciudades a pasar por ellas. Por lo tanto, tiene un significado muy grande que Jesús, después de describir la manera en que los líderes religiosos de sus días ignoraban al hombre en su necesidad, hace al samaritano el héroe de la historia.

El sacerdote y el levita tenían ambición, pero el samaritano era compasivo y cuando encontró al hombre herido, se involucró en su problema. Hizo a un lado sus planes, su horario y sus intereses propios. Ordenó sus prioridades y decidió hacer algo con respecto a la miseria de ese hombre.

Tuvo que pagar un precio. Se acercó a él y vendió sus heridas (se ensució sus manos con la sangre del hombre); derramó vino y aceite en ellas (tomó sus propios recursos y los gastó en el hombre). Lo montó en su propia cabalgadura, buscó hospedaje y se quedó con él toda la noche cuidándolo. Tal vez el samaritano también iba a la convención en Jericó, pero la perdió por quedarse con el hombre, ayudándole a pasar el momento de crisis.

A la mañana siguiente, el samaritano pagó la cuenta del hospedaje y dio estas interesantes instrucciones al hotelero: "Cuidale y todo lo demás que gastes, cuando yo regrese te lo pagaré." Eso indica que el samaritano estaba decidido a llevar hasta su última consecuencia el compromiso que había hecho con la víctima. Su esfuerzo iría más allá de su buena acción inicial. Había hecho ya todo lo que podía por el hombre cuando lo encontró herido y lo llevó a un lugar donde pudiera recibir más ayuda, pero él sabía que su responsabilidad no había terminado con eso. Decidió regresar para ministrarle de nuevo y cuidarlo hasta que se hubiere mejorado. Su compromiso era completo.

El sacerdote y el levita tenían ambición, pero el samaritano era compasivo . . . Ordenó sus prioridades y decidió hacer algo. . .

El sacerdote y el levita eran hombres religiosos con reputación, ministerios y una gran responsabilidad pública y muy posiblemente tenían la teolo-

gía correcta. El samaritano era un paria que pertenecía a una minoría despreciada; su teología era tal vez poco ortodoxa, pero su corazón no tenía miedo de comprometerse y eso lo llevó a involucrarse en la miseria de otro hombre.

En esencia, lo que Jesús decía al intérprete de la ley es que si él quería cumplir con el mandamiento de Dios y si quería obtener la vida eterna, que fuera y se involucrara en una forma de compromiso continuo con los que tenían problemas y habían caído víctimas del mal.

De la misma manera, Dios quiere que aceptemos el compromiso de involucrarnos con las personas que tienen problemas. Este es el mensaje que hemos de aprender si queremos ir más allá de los carismas, porque hacer un pacto con las personas significa involucrarnos en sus problemas.

Involucrarse con todos

Dios nos está llamando la atención para que nos involucremos con todos, no sólo con nuestro grupo. Los principios de compromiso y de pacto que debemos aplicar deben de ser totales. Dios espera de nosotros, según sea nuestro conocimiento, una entrega completa a los principios que gobiernan nuestro compromiso con él y con su pueblo, y al establecimiento de su gobierno en la tierra. No cabe duda alguna que la aplicación de este conocimiento en las relaciones de pacto está en el centro del propósito de Dios. Sin embargo, debemos entender también, que los millones de cristianos que aún no saben nada de compromiso y de pacto son igualmente parte del Cuerpo de Cristo y que de alguna forma u otra nos hemos de involucrar con ellos porque todos hemos hecho el mismo pacto con Jesucristo.

A menudo no pensamos en la familia de Dios de la manera en que él lo hace. Cuando Dios ve a su familia, hay más gente de la que está en nuestro grupo en particular. Si bien es cierto que nosotros somos *una parte* de su familia, Dios es quien añade a su número y hay millones de personas que son nuestros hermanos que todavía no comprenden lo que estamos haciendo y otros que sienten que estamos resistiendo el propósito de Dios. Pero de alguna manera tenemos que mantener el contacto con los que no nos entienden y aún con los que nos critican. Dios nos tiene que dar su gracia para amar a todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Hay un poema escrito por uno de los poetas más grandes de los Estados Unidos, Edwin Markham

(1852-1940), que ilustra la actitud que debemos de tener. Markham tenía un socio en su negocio que lo había defraudado. Se sentía herido e incapaz de perdonarlo. Esto le había afectado tanto que había perdido su inspiración y no podía escribir sus versos. Después de mucho tiempo de luchar con esta traición, pudo finalmente recibir la gracia de Dios para perdonarlo. Cuando lo hizo, inmediatamente se sentó a escribir este famoso verso titulado: "Más astuto."

El hizo un círculo para dejarme fuera,
Hereje, rebelde, tan despreciable era.
Pero con más astucia que él, amor y yo,
Otro círculo hicimos y a él lo incluyó.

Aunque se nos llame herejes y rebeldes, de alguna manera tenemos que continuar haciendo un gran círculo de amor alrededor de esos que no nos comprenden. Al final, tendremos que involucrarnos con todos los que confiesan el nombre de Jesucristo.

La intervención sobrenatural de Dios

El Señor nos recuerda también que cuando nos involucramos con las personas, se revela lo que Dios puede hacer en combinación con lo que nosotros podemos hacer. Muchos de nosotros entramos en las cosas de Dios a través de la renovación carismática y durante esa fase tuvimos primordialmente una mentalidad vertical. Nuestra concentración estaba en lo que Dios podía hacer *para nosotros* por medio de los milagros, los dones del Espíritu y las otras evidencias maravillosas de su amor. Este énfasis vertical es válido y precioso. Luego, el Señor comenzó a dirigir nuestra atención de lo vertical a lo horizontal, haciéndonos pensar en la manera de relacionarnos unos con los otros y cuál era el pacto que existía entre nosotros. La tendencia nos llevó a apartarnos un poco de la dependencia que teníamos en el poder sobrenatural de Dios, para enfocar la atención en la necesidad de mejorar nuestras relaciones. Llegamos a ver acertadamente que los milagros no eran la respuesta para todas las cosas y que existían ciertas cosas que Dios esperaba de nosotros en cuanto a los términos de nuestras relaciones. Sólo lo podíamos hacer con la gracia suya, pero en formas dolorosamente humanas.

Llegamos a apreciar la necesidad de las relaciones horizontales y se convirtió en una prioridad por muchos años obedecer el compromiso adqui-

rido entre las familias, entre marido y esposa, padres e hijos, entre hermanos y hermanas de pacto. Era necesario que aprendiéramos a tratarnos con sinceridad y apertura, pero Dios nos está mostrando que él no nos ha dado a escoger entre lo primero y lo segundo; que él quiere que hagamos *ambas* cosas. De la misma manera en que tenemos la tendencia de irnos demasiado lejos a depender de los milagros y a buscar una manera fácil de escape, nos inclinamos a irnos a un extremo en la verdad horizontal, esperando solucionarlo todo con las relaciones entre nosotros. Pero hay limitaciones como dolorosamente nos hemos dado cuenta.

Hace algunos años, fui invitado a ministrar sobre la liberación de demonios a una congregación con énfasis en las relaciones. Después del mensaje, el ministro se paró y dijo: "Apreciamos realmente al hermano Basham por venir a decirnos todas esas cosas que solían suceder; pero ¿no es maravilloso que ahora que tenemos una relación de pacto, ya no tenemos que depender de la liberación?" Sus palabras me dejaron muy perturbado, porque no hay pacto posible que un demonio respete. Con todo lo que las relaciones pueden hacer, todavía hay ocasiones en que necesitamos la intervención sobrenatural y dramática de Dios.

Recordemos pues, que el involucrarnos demanda la combinación de lo que *nosotros* podemos hacer y de lo que *él* es capaz. No caigamos en la trampa de escoger entre lo vertical y lo horizontal. Ambos son necesarios.

No olvide que estamos en guerra

Este es otro punto que Dios quiere recordarnos para que nos involucremos con los demás: Tenemos que estar conscientes que estamos en una guerra espiritual. Yo todavía estaba en la secundaria cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor en la Segunda Guerra Mundial. Mientras mis hermanos mayores se enrolaron en el ejército, fui a trabajar en una fábrica que hacía material de guerra: munición y piezas para aeroplanos. Una de las cosas que recuerdo de ese tiempo es que, con toda su tragedia, la guerra tuvo un efecto unificador en el país. Nunca antes ni después nuestra nación había estado tan unida. Había una vitalidad, una disciplina y una perspectiva común que nos permitieron pasar con optimismo por un tiempo muy difícil. Desarrollamos una mentalidad que ganar la guerra era nuestra prioridad número uno.

La guerra espiritual en que estamos hoy requiere

de la misma clase de mentalidad. Tenemos que desarrollar esta manera de pensar si queremos permanecer firmes y actuar adecuadamente en las batallas que tenemos por delante. No tome esto como una exhortación negativa, sino más positiva. Tenemos que cultivar el porte mental correcto si deseamos luchar sin perder nuestra paz y la victoria que es nuestra.

. . . si permanecemos fieles. . . sin temor a involucrarnos. . . bien podríamos llegar a ver ese día cuando el conocimiento de Dios cubrirá la tierra. . .

¿Por cuál lado del camino?

El último punto nos trae de regreso a la parábola. Dios dice que si queremos vernos involucrados en su propósito en la tierra, tendremos que escoger acertadamente el lado del camino por el cual vamos a pasar. El camino de Jerusalén a Jericó tenía obviamente dos lados: el que el sacerdote y el levita escogieron, y el que he llamado el lado samaritano, donde había caído el viajero herido y en el que se detuvo este hombre bondadoso para ministrarle. Sinceramente, la mayoría de las veces preferimos pasar por el otro lado del camino porque es más fácil, más atractivo, más emocionante. Si se viaja por ese lado, las cosas que suceden son más dramáticas y excitantes.

No obstante, Dios no está satisfecho y su presión nos mueve a cruzar donde está el samaritano. No porque donde estemos caminando sea malo o menos de lo que Dios quiere. Ya habrá tiempo para lo emocionante y lo dramático de la experiencia cristiana. Si las observaciones de Bob Mumford son correctas, tendremos otro gran derramamiento del Espíritu Santo y de nuevo vamos a tener la oportunidad de viajar por ese lado emocionante del camino. Entre tanto, tenemos que enfrentar la vida en el lado del samaritano.

Sin menospreciar cualquier lado del camino, quiero hacer un contraste entre ambos.

El otro lado del camino lo llevará rápidamente a Jericó; el lado del samaritano lo meterá rápidamente en dificultades.

El otro lado está pavimentado y lleno de promesas; este lado está lleno de baches y problemas.

El otro lado rodea las ciudades; el lado del samaritano pasa por el corazón de los tugurios.

Del otro lado están los carismas; de este el compromiso.

Por el otro está la invitación al éxito; por este lado conduce al sacrificio.

En el otro lado se busca la fama; de este lado a la familia.

El otro lado promueve las convenciones carismáticas; el lado del samaritano las comunidades comprometidas.

Del otro lado del camino se busca el poder de Dios; del lado del samaritano el propósito de Dios.

En el otro lado se aprende sobre la fe; en este a perdonar.

En el otro lado están las cruzadas de alguien; en el lado del samaritano hay que llevar la cruz de alguien.

Del otro lado se reclaman sus derechos; de este lado se aceptan sus responsabilidades.

Del otro lado se busca la dirección de Dios; de este su gobierno.

En el otro lado del camino se abraza al cristiano victorioso; del lado del samaritano a los que fracasan.

En el otro lado se cuenta la ofrenda; de este lado se cuenta el costo.

Del otro lado del camino se comparte su testimonio; del lado del samaritano se comparte su cuenta de banco.

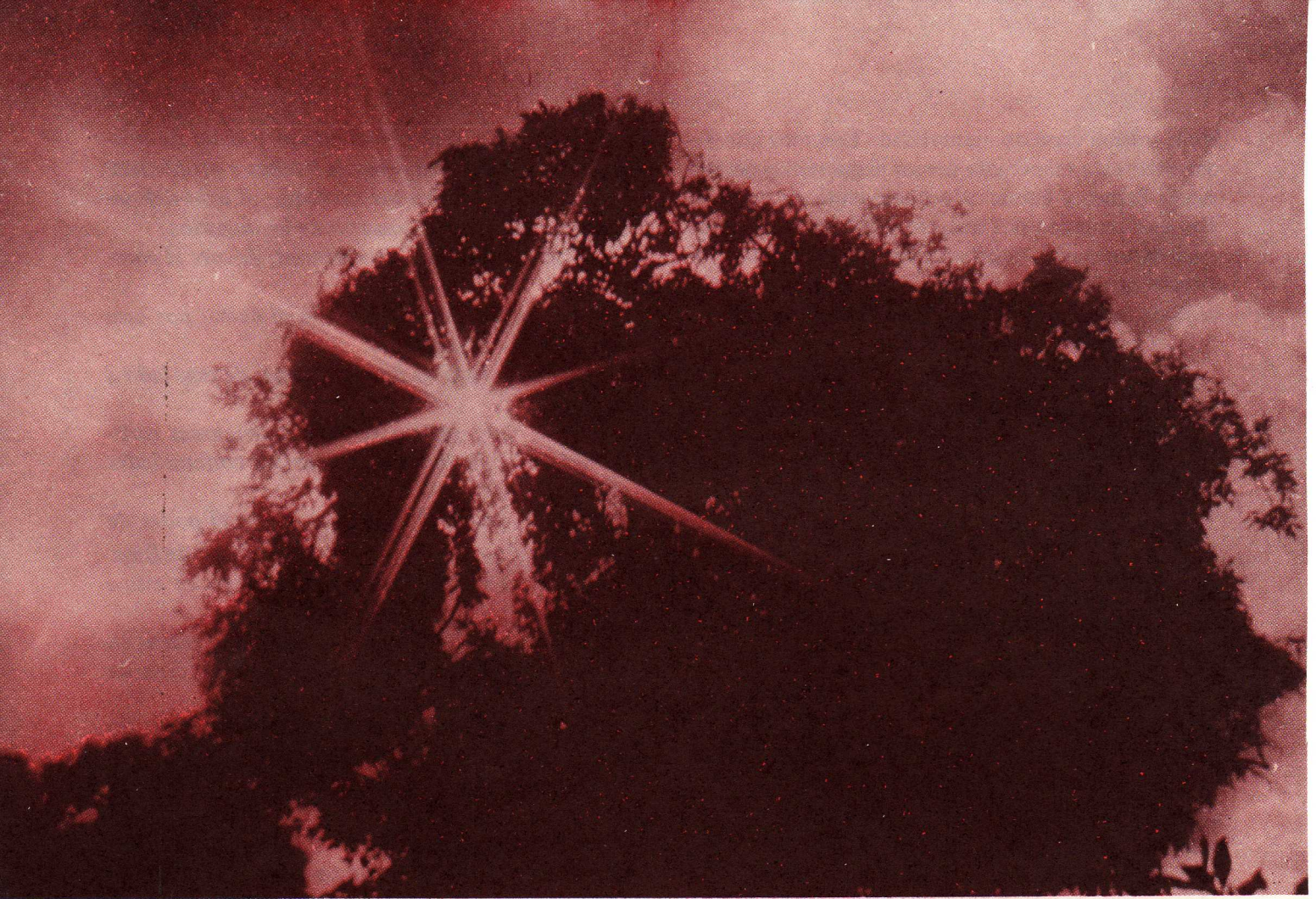
Del otro lado se recibe la bendición; del lado del samaritano se acepta la culpa.

Por el otro lado se acepta el ministerio; del lado del samaritano se entrega la vida.

Del otro lado del camino se toca el corazón del pueblo de Dios; del lado del samaritano se toca el corazón de Dios.

¿En qué insiste el Señor? Que pasemos del camino que escogió el samaritano y nos involucremos. Si permanecemos fieles y nos involucramos y aceptamos nuestro compromiso de establecer el reino y el gobierno de Dios en la tierra, entonces, por la gracia de Dios, veremos a la Iglesia y a las naciones de la tierra llevadas por el propósito de Dios. Y bien podríamos llegar a ver el día cuando el conocimiento de Dios cubrirá la tierra como las aguas cubren la mar.

Tomado de New Wine Magazine, Febrero 1981



EL REY DE GLORIA

por Ern Baxter

**La cruz solo fue el comienzo
de la conquista de Jesús**

Ern Baxter, líder por mucho tiempo en el movimiento carismático, pastoreó por veinte años una de las iglesias evangélicas más grandes del Canadá. Desde entonces ha viajado extensamente por los Estados Unidos y ultramar en el ministerio de la Palabra. Ern y su esposa Ruth residen en Mobile, donde es uno de los miembros de la directiva de New Wine Magazine.

Cuando Jesús vino al mundo, en su humillante encarnación, comenzó una ruta de conquistas que lo llevó a través de los años solitarios antes de su introducción en las turbias aguas del Jordán, cuando el osudo dedo profético de Juan el Bautista fue apuntado en su dirección y aquellas significativas palabras fueron pronunciadas: “¡Ved, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!” (Jn. 1: 29). Durante treinta y tres y medio años venció y vivió una vida impecable de manera que fue dicho de él que fue “tentado en todo como nosotros, pero sin pecado” (He. 4: 15).

La vida sin fallas de Jesús fue seguida por una muerte decisiva. Fue al Calvario para padecer sufrimiento inexplicable e incomparable: apenas tenemos una insinuación de su sufrimiento, que sólo podemos ver curiosamente con un sollozo en el pecho; sufrimiento velado en el ministerio de llevar el pecado; rodeado de espinas, piedras y un sol que rehusó brillar y una tierra que se retorció en agonía.

Mientras colgaba allí solo, Dios extendió su gigantesco puño y recogió los pecados acumulados de los hombres y los puso sobre él. Jesús se convirtió en el “centro del pecado” del universo de manera que más tarde fue dicho de él, “Al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para

que fuéramos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21).

En la abrumadora soledad del Calvario, Cristo hizo de su alma una ofrenda para el pecado. El pecado del mundo fue puesto sobre él, y las olas de la ira de Dios fueron desatadas contra él. Cuando se hubo convertido en una ofrenda para el pecado, entregó su espíritu y descendió del misterio de sus sufrimientos habiendo terminado su obra. Lo que los hombres vieron fue a un ser humano colgando inerme —todos sus huesos fuera de sus coyunturas, una lengua inflamada sobresaliendo de labios que ardían y que clamaron: “¡Cumplido está!”

Nadie comprendió lo que estaba sucediendo. Pero el velo de la revelación es corrido para que nosotros podamos ver, y Pablo nos dice que algo más estaba ocurriendo en la oscuridad de esa hora sobrecogedora. Jesús estaba atando una cadena en el cuello del mundo demoníaco. Lo estaba halando a través del escenario del cosmos. La Biblia dice que estaba “despojando a las autoridades y poderes, haciendo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos por medio de la cruz” (Col. 2:15). Se estaba ocupando del pecado. Se estaba ocupando de la vieja sociedad adámica. Estaba terminando con el viejo orden del pecado y de la muerte y cuando lo hubo hecho en el misterio de la cruz, él dijo “¡Consumado es!”

“Entrégame las llaves”

Entonces Jesús descendió para hacer su anuncio. El Credo de los Apóstoles dice: “Descendió al infierno” o el Hades. Personalmente creo, basado en mis estudios de las Escrituras, que por la autoridad de lo que había cumplido en la cruz, descendió para confrontar a Satanás mismo que estaba parado en los portales del mundo del hades, y allí le dijo: “Entrégame las llaves.”

Satanás le respondió: “Te he estado esperando por más de cuatro mil años; yo estaba en el huerto del Edén y oí mi sentencia. Se me dijo que

alguien vendría y me aplastaría la cabeza. Te he estado esperando y he matado a muchos a través de toda la historia pensando que ellos eran tú. Pero estás aquí. Ahora, entra y acomódate con el resto de los demás. Todos están allí.”

¿Quiénes estaban allí? Abraham, Isaac y Jacob; Isaías, Malaquías y un sinnúmero de otros. Allí estaban todos esperando en el paraíso. Un poco antes de que el Señor fuese a la cruz, dos de ellos, Moisés y Elías, subieron al Monte de la Transfiguración para conversar con Jesús, el Mesías. La Biblia nos dice de lo que hablaron. “Hablaron de la partida de Jesús, que Él estaba a punto de cumplir en Jerusalén” (Lu. 9:31).

Ellos le dijeron al Señor en el Monte. “Todos están emocionados en el paraíso. Hemos sido nombrados como un comité para venir a decirte que todo está en movimiento allí. Cuando partimos, Isaías quería venir también. Él dijo: ‘Este es el día más grande. Escribí sobre esto y ahora está sucediendo!’ Abraham estaba cerca y quería venir también. Pero nosotros fuimos nombrados para decirte que estamos tan agradecidos por lo que estás por hacer. Hay miles de nosotros allí.”

Pagarés

¿Por qué tanta excitación? Porque bajo el pacto antiguo, la sangre de toros y machos cabríos no podía quitar el pecado. Pero esos hombres en el paraíso estaban empuñando sus pagarés. Cada vez que un israelita imponía sus manos sobre un cordero y transmitía su pecado, ese cordero moría en su lugar. Pero lo más que este ritual podía ser era una nota de crédito para ser redimida por la más preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo. Los que estaban en el paraíso habían estado esperando el tiempo cuando sus notas de crédito fueran redimidas y ahora el tiempo había llegado por fin.

Cuando Jesús descendió de la cruz y confrontó al príncipe satánico le dijo: “Tomaré las llaves.”

“Nadie me ha hablado así nunca,” dijo Satanás.

“Nadie ha tenido la autoridad antes,” replicó Jesús. “Pero como el Rey de Dios, como Quien ha recibido toda autoridad, como su Soberano delegado, ahora yo estoy a cargo. Tomaré las llaves.”

Y Satanás le dio las llaves. Entonces Jesús pasó a la sección de los impíos, abrió la puerta y miró adentro y pronunció a los que estaban allí, juzgados justamente por haber rechazado el consejo de Dios bajo el viejo orden. Entonces cerró la puerta y los dejó allí. Pero luego se dirigió a la puerta del paraíso, la abrió y les dijo: “Salgan, vámonos.”

El Rey de Gloria

Comenzaron a subir por las gradas de su ascensión y cuando hubieron llegado hasta Jerusalén, algunos de esos santos del Antiguo Testamento dijeron: “Mesías, ¿te importa si nos detenemos por un tiempo? Nos gustaría pasar unas horas en nuestro antiguo hogar. No lo hemos visto por siglos.”

Según la Biblia, los cuerpos de muchos de los santos fueron vistos en las calles de Jerusalén (Mt. 27:52,53). Después de su visita continuaron en su jornada. Siguieron ascendiendo hasta que llegaron frente a los muros de la Gloria. Y entonces esta gran multitud de los redimidos del Antiguo Testamento, que estaban mudando el paraíso a un local mejor, gritaron: “¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, para que entre el Rey de gloria!”

La entrada no era tan fácil sin embargo, porque los protectores angelicales lanzaron el reto por encima de los muros de la Gloria: “¿Quién es este Rey de gloria?”

Los santos respondieron: “Es el Señor fuerte y valiente — el Señor poderoso en batalla. El es quien acaba de llegar del campo de batalla del Gólgota, donde él solo ha derribado mortalmente a Satanás, sus planes y propósitos, llevó los pecados de los hombres, acabó con el viejo orden adámico, y murió una muerte decisiva, cumpliendo con las demandas de Dios y los requisitos para el hombre. El es el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en batalla. *Ahora*, — ¡levantaréis vuestras cabezas, oh puertas? ¡Levantadlas, vosotras puertas eternas para que entre el Rey de gloria!”

No satisfechos, los retadores respondieron: “¿Quién es este Rey de gloria?” De nuevo la respuesta triunfante vino: “Es el Señor de los ejércitos. El es el Rey de la gloria. El está a cargo de todas las huestes angelicales; pero no sólo eso, él está a cargo ahora de una multitud que nadie puede contar. El es el representante de la autoridad de Dios. El es quien trae a Dios el fruto de sus propósitos. El es el Rey de la gloria. ¡Abrid ahora esas puertas y dejad que el Rey de la gloria entre!”

Finalmente, las puertas fueron abiertas y él entró; subió hasta el trono del Padre y le presentó las pruebas de su redención. El Padre le dijo: “Siéntate a mi diestra, hasta que haga de tus enemigos un estrado para tus pies.”

“Hasta...”

Yo creo que cuando Jesús se sentó a la diestra de Dios, el Padre dijo lo que quiso decir: “Siéntate”

te a mi diestra, hasta..." Y no dejará la diestra del Padre *hasta* que todos sus enemigos sean subyugados. El lo hará desde los cielos y cuando lo haya cumplido le entregará el Reino al Padre, pero no antes de haber cumplido con la tarea que le fue encomendada.

El Padre le dijo: "Siéntate aquí, hijo, hasta que hayas terminado el trabajo; y después dámelo terminado. Siéntate aquí y gobierna hasta que tus enemigos sean por estrado de tus pies." Pablo toma esta declaración y la liga a la revelación del Nuevo Testamento cuando dice: "El debe reinar *hasta* que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies" (1 Co. 15:25).

Cuando el Señor se levantó de los muertos hizo este pronunciamiento: "Toda autoridad me ha sido dada en los cielos" y por años nos hemos detenido allí en nuestro esquema escatológico. Pero Jesús tiene *toda* potestad y reina con gozo, no sólo "en el cielo" sino también "en la tierra."

La enseñanza que dice que la autoridad de Cristo en el presente es limitada y que el "reinado de Dios" en el "ahora" en la tierra no es posible, ha paralizado los propósitos de Dios en la tierra. Yo creo que él tiene toda autoridad en la tierra *ahora*. El no es sólo el Rey de los cielos; él es el Rey de

**¡El es el Rey
de la Unión Soviética,
de la China,
de los Estados Unidos,
de Canadá, de Europa,
Asia y Africa.
El es el Rey
de toda la tierra ahora!**

la tierra. ¡El es el Rey de la Unión Soviética, de la China, de los Estados Unidos, de Canadá, de Europa, Asia y Africa. El es el Rey de toda la tierra ahora!

Tengo que confesar que sólo recientemente he descubierto a David en el Nuevo Testamento de la misma manera que he descubierto a Adán y a Abraham allí. Con eso quiero decir que no había visto el verdadero significado histórico y escatológico de David en el Nuevo Testamento. Jesús era de la "simiente de David" — y sabiendo que estaba allí en la línea mesiánica, creía que eso era todo lo que significaba. Después de eso no entendía otra conexión entre David y Jesús.

Había visto la relación típica entre Adán y Jesús, porque Pablo dice que Adán es una "figura de Cristo, Aquel que había de venir" (Ro. 5:15). Y podía ver la relación histórica entre Abraham y Jesús, porque era la "simiente" de Abraham que habría de bendecir a todas las naciones de la tierra.

No fue sino recientemente que me di cuenta del significativo papel que David jugó en el plan de Dios y su relación con Jesús. David prefigura a Cristo como *Rey delegado de Dios*. Cuando Jesús vino al mundo lo hizo como el Hijo de David. Vino como Rey de los judíos. Vino como Rey de todos los redimidos, para que bajo su autoridad, la comunidad redimida pueda convertirse en el instrumento por medio del cual él pueda establecer el derecho soberano de Dios en su propia tierra redimida.

En Hechos 2:29-31, encontramos a Pedro hablando de la percepción profética de David concerniente al Mesías:

Hermanos, del patriarca David os puedo decir con fiabilidad que murió y fue sepultado, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Y porque era profeta, y sabía que Dios le había jurado sentar a uno de sus descendientes en su trono, miró hacia el futuro y habló de la resurrección del Cristo, que ni fue abandonado en el Hades, ni su carne sufrió corrupción.

Pedro no dice que David habló de la segunda venida de Cristo. Creo que esto tiene un gran significado que hemos fallado al verlo. El resultado es que nos ha paralizado. Creo que en esta hora, Dios está enfocando un hecho que ha sido distorsionado por muchos, muchos años: el propósito de Dios *no* es el de redimir a un montón de gente, para que se siente en una estación de buses a espe-

**El propósito de Dios
no es el de redimir
a un montón de gente
para que se siente
en una estación de buses
a esperar que pase el bus
que los ha de sacar del lío
en que se encuentra el mundo.**

rar que pase el bus que los ha de sacar del lío en que se encuentra el mundo. Más bien, Dios nos ha redimido, nos ha limpiado y se ha metido dentro de nosotros para enviarnos a limpiar la suciedad y ser "la sal de la tierra" y la "luz del mundo," para que con el poder del evangelio ellos puedan vindicar el propósito de Dios en la muerte y resurrección de su Hijo.

La segunda venida de Cristo es la esperanza del creyente, pero no tiene ninguna esperanza para el pecador. Viene para el juicio y la condenación de los pecadores. Por lo tanto, si hemos de ayudarles, sea individual o colectivamente, hay una sola manera que Dios ha diseñado y es por el poder del evangelio. Porque el evangelio es *el* poder de Dios para la salvación.

Si Jesucristo tiene *todo* poder en la tierra, nunca tendrá más del que tiene ahora. Si lo tiene todo, no hay más que temer. Y lo tiene *ahora* y está usando ese poder en el evangelio —no sólo individualmente, sino colectivamente, para que en la comunidad redimida él pueda manifestar la gloria de Dios en el mundo. Yo creo que la última forma de evangelismo en esta era de gracia va a ser la manifestación del poder redimido de Dios a través de la vida total de una comunidad redimida que demuestre lo que el evangelio es capaz de hacer en todas las áreas de la vida humana, individual y colectivamente.

Pedro continúa hablando de esta relación entre David y Jesús en el mismo sermón pentecostal en Hechos 2:31-36:

Cristo no fue abandonado en el Hades, ni su carne sufrió corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.

Así que, fue exaltado a la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.

Porque David no ascendió a los cielos, pero él mismo dice: "Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi mano derecha, hasta que convierta a tus enemigos en un estrado para tus pies".

Sepa pues, sin lugar a dudas toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

El derramamiento pentecostal está relacionado con David. Después de la ascensión de Jesús, lo que cayó del cielo en el día de Pentecostés fue el aceite de la coronación, que había sido derramado en la cabeza del hijo mayor de David, el nuevo Rey. "Pero vemos a Aquel... coronado de gloria y honor" (He. 2:9). Cuando ascendió a la presencia del Padre y se sentó sobre su trono, fue ungido con el aceite santo de su reinado universal y ese aceite descendió en el día de Pentecostés y cubrió e inundó y poseyó y llenó e impresionó e impulsó a hombres y mujeres a convertirse en autoridades para Jesucristo. Llenos del Espíritu Santo, salieron y retaron, cautivaron y cambiaron la vida de Jerusalén, Judea, Samaria, para alcanzar las partes más apartadas de la tierra —hasta que todo el mundo supo que algo había sucedido en ese día de Pentecostés. El Rey Jesús había compartido el aceite de su unción como autoridad final con su comunidad real.

Lo que está pasando alrededor del mundo no tiene precedentes. Esta visitación del Espíritu Santo en nuestros días no es sólo para que se nos ponga la carne de gallina, y nos enseñe a tocar las pandeteras y a cantar coros nuevos. Eso es parte del paquete, pero algo más es de mayor importancia que todo eso.

Lo que es inmensamente más importante es que el propósito todopoderoso de Dios está siendo revelado. Al finalizar esta era, él manifestará su gloria en la comunidad redimida. Este derramamiento del Espíritu Santo no es sólo de bendición: es un derramamiento de *autoridad*. Dios está estableciendo la autoridad espiritual en toda la tierra para que pueda traer en esta hora la existencia de su reino con poder, y pueda contestar la oración de los miles y miles que a través de los siglos han orado: "¡Venga tu reino!"

Tomado de New Wine Magazine, Abril 1982



Juzgar o no juzgar

por Derek Prince

El juzgar ocupa un lugar de prominencia en la Biblia; sin embargo, es uno de los temas más difíciles de comprender. Hay multitudes de cristianos profesantes que, debido en parte a la ignorancia y otras veces a la desobediencia, a menudo actúan contrariamente a la enseñanza bíblica cuando juzgan o dejan de juzgar. La confusión viene porque hay versículos que dicen que no debemos juzgar y otros que dan instrucción sobre cómo juzgar. En este artículo examinaremos la aparente paradoja bíblica sobre el juzgar y ofreceremos un prin-

cipio que nos ayudará a decidir lo que debemos hacer en cualquier situación. Con este principio, identificaremos algunas áreas en las que somos responsables de emitir juicio y otras en las que no debemos hacerlo.

La paradoja bíblica sobre el juicio

En el Sermón del Monte, Jesús le dijo a la multitud:

No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque de la manera como juzgáis, seréis juzgados; y con la medida que medís seréis medidos (Mt. 7:1-2).

Jesús dice enfáticamente aquí: "No juzgues; porque el juicio que emitas, caerá sobre ti."

Por otra parte, encontramos Escrituras que nos dicen que estamos en la obligación de juzgar. En Juan 7:24, Jesús habla a la gente con respecto a que él es el Mesías y dice: "No juzguéis por la apariencia, sino juzgad con juicio justo." Aquí la instrucción de Jesús es que debemos juzgar con juicio justo. Queda claro pues que hay algunas porciones de la Escritura que nos prohíben emitir juicio, mientras que otras nos exhortan específicamente a hacerlo.

Juzgar y gobernar

¿Cómo hemos de sacarle sentido a esta paradoja? Creo que hay un principio básico que resuelve esta aparente contradicción, y es el siguiente: *juzgar es una función de gobernar*. En la Biblia el juzgar nunca viene divorciado del gobernar. La unidad de estas dos funciones se origina en la misma naturaleza de Dios y se imparte de él hacia abajo en la raza humana, porque Génesis 18:25 nos dice que Dios, quien gobierna toda la tierra, es también el *Juez* de toda la tierra. Nunca debemos divorciar lo uno de lo otro porque ambos vienen de la mano. Este es el principio que nos ayudará a entender cuándo debemos de juzgar y cuándo no.

Básicamente, la conexión entre el juzgar y el gobernar, involucra cuatro factores que vienen juntos: 1) responsabilidad, 2) autoridad, 3) juzgar y 4) entregar cuentas. Veamos ahora cómo se interrelacionan estos cuatro factores.

Primero que todo, dondequiera que haya responsabilidad, tiene que haber autoridad. De otra manera nuestra responsabilidad no puede ser des-

cargada. Si se encarga a la hija mayor con la responsabilidad de servir de niñera a los hijos menores, entonces debe dársele a ella la suficiente autoridad para hacer su trabajo. De otra manera, su tarea sería imposible y sería una burla. Dondequiera que haya responsabilidad, tiene que haber autoridad adecuada para llevar a cabo la tarea.

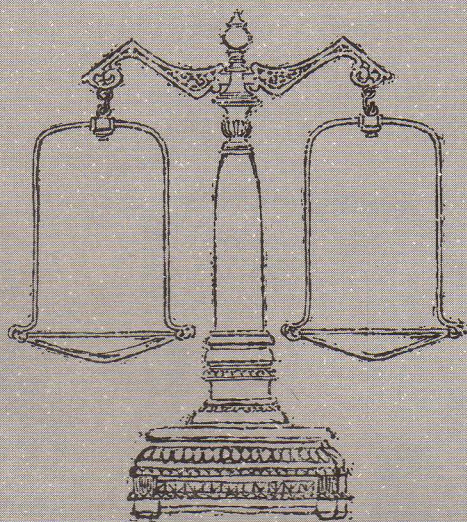
A la inversa, cuando una persona tiene autoridad sin responsabilidad, esa persona es un déspota. Esa situación es, por supuesto, típica de muchos gobiernos en el mundo. La responsabilidad sin autoridad es ineficaz, pero la autoridad sin la responsabilidad es despótica. Ambas deben ir juntas.

Como hemos visto, estamos obligados a juzgar en el lugar donde gobernamos, porque es parte de la autoridad y la responsabilidad del gobierno. Es decir, todo gobernante tiene que juzgar en el lugar donde gobierna. Pero también debemos tener en mente las siguientes dos áreas: donde juzgamos, seremos juzgados por el Juez Supremo. Dicho de otra manera, todos los jueces *tendrán que rendir cuentas* al Juez de toda la tierra. Encontramos una ilustración de esto en Hebreos 13:17: "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta." Debido a que los que nos gobiernan son responsables por nuestras almas, ellos tienen que tener autoridad con la responsabilidad. De otra manera ejercerían su tarea en vano. La exhortación es de obedecer a los que tienen la responsabilidad de nuestras almas. Debido a que tienen responsabilidad y ejercen autoridad, también tendrán que juzgar, y de esta manera, un día tendrán que rendir cuentas por los juicios que han emitido. De tal manera que en este versículo se encuentran los cuatro aspectos: el de la responsabilidad, la autoridad, el juicio y la obligación de rendir cuentas.

La extensión de nuestra autoridad para juzgar

Hemos visto que cuando se nos da responsabilidad, debemos tener autoridad; y cuando tenemos autoridad, estamos obligados a juzgar. Pero todavía tenemos que resolver el problema de saber hasta donde se extiende nuestra autoridad y responsabilidad para juzgar.

Básicamente, existen tres limitaciones típicas en todo juicio. Hay una *área* limitada de autoridad; hay un número limitado de *personas* bajo esa autoridad, y hay sólo ciertos *actos* que deben ser juzgados por esa autoridad. Fuera del área es-



tablecida o con otras personas, o con otros actos diferentes, no hay autoridad para juzgar. De manera que tenemos que preguntarnos tres cosas: ¿En qué áreas estamos autorizados para juzgar? ¿A quiénes estamos autorizados para juzgar? ¿Y por cuáles actos podemos juzgarles? La extensión del juicio no queda clara hasta responder a estas tres preguntas.

Antes de entrar en discusión sobre la extensión de nuestra autoridad para juzgar, quiero enfatizar una manera en la que *nunca* tenemos responsabilidad para hacerlo: Nunca seremos responsables de la evaluación final del carácter o la conducta de otros o de nosotros mismos. Algunos cristianos piensan que ellos deben decidir quiénes van al cielo y quiénes al infierno. Básicamente, esa no es nuestra preocupación. Debemos dejárselo a Dios.

¿Por qué Dios es el único que puede juzgar en esta área? Porque ninguno otro conoce todos los secretos y motivos del corazón de los hombres. No podemos juzgar fielmente ni con justicia, de manera que no se requiere de nosotros que lo hagamos o que demos una evaluación final del valor absoluto de nadie, incluyéndonos a nosotros mismos.

Ahora que hemos determinado este asunto de no juzgar el destino final de nadie, regresamos a la cuestión de la extensión de nuestra autoridad para juzgar. ¿Adónde, a quién y qué somos responsables de juzgar?

Juzgádonos a nosotros mismos

La primera respuesta es que *somos responsables de juzgarnos a nosotros mismos*. Recordemos que no debemos hacer una evaluación final aún de no-

sotros mismos, pero sí debemos de juzgar nuestra *conducta* de acuerdo con las normas de la Palabra de Dios. Me parece que esencialmente, todo juicio que se espera que hagamos debe ser de *conducta*, no una evaluación absoluta del valor de una persona. En 1 Corintios 11 leemos con respecto a esta clase de juicio personal.

Pero cada quien examínese a sí mismo, y entonces coma del pan y beba de la copa.

Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir correctamente el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.

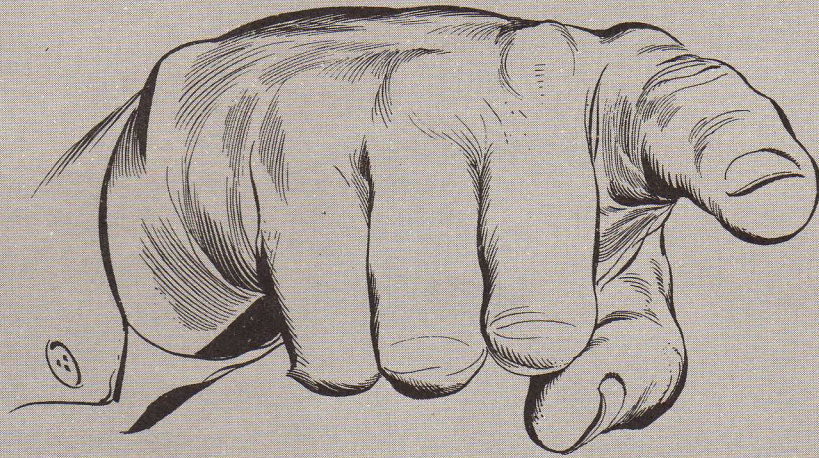
Por esta razón hay muchos débiles y enfermos entre vosotros, y algunos duermen.

Pero si nos juzgáramos a nosotros mismos correctamente, no seríamos juzgados.

Porque cuando somos juzgados, el Señor nos disciplina para que no seamos condenados con el mundo (vs. 28-32).

Pablo, hablando de la Cena del Señor nos advierte de la necesidad de examinarnos antes de tomarla. Si no lo hacemos estamos expuestos a traer sobre nosotros mismos enfermedad y hasta la muerte finalmente. Tenemos la opción de apropiarnos del juicio de Dios. El no nos juzgará en las áreas que nosotros nos hemos juzgado. Las alternativas son tres: 1) Juzgarnos a nosotros mismos para no caer bajo el juicio de Dios. 2) No juzgarnos a nosotros mismos y entrar bajo el juicio de Dios, pero no bajo su juicio sobre el mundo. 3) Rehusar estas dos alternativas y ser juzgados con los incrédulos. Pero en alguna forma u otra, todos seremos juzgados.

Si tenemos la responsabilidad de juzgarnos a



nosotros mismos, entonces, ¿de qué manera debemos hacerlo? Con el standard revelado en la Palabra de Dios. No debemos hacerlo según nuestros sentimientos, o por la opinión de la sociedad o por la estimación que tengamos de nosotros mismos, sino por la clara enseñanza de la Palabra de Dios. Según esta norma somos responsables de juzgar nuestra propia *conducta y relaciones*. ¿Estoy en paz con mi hermano y mi hermana? ¿Abribo amargura o resentimiento en mi corazón? ¿He dicho cosas que no son ciertas o que no son bondadosas con respecto a otro creyente? Estas son algunas formas en que debemos juzgarnos nosotros mismos. Y si tomamos en serio nuestra obligación de juzgarnos a nosotros mismos, ya no tendremos tanto tiempo para juzgar a los demás a quienes no debemos juzgar.

Juicio en la familia

La siguiente esfera de juicio es la familia. El esposo y padre es el responsable de juzgar a su esposa y a sus hijos. En 1 Timoteo 3:4 Pablo dice que uno de los requisitos para obispo es que "gobierne bien su casa." Eso significa que el padre está obligado a juzgar su hogar.

¿Qué es lo que juzga? Debido a que la *conducta* es el área principal de juicio, pienso que se espera de un padre que juzgue toda conducta que afecte el bienestar de aquellos por los que es responsable.

Si veo que mis hijos están siempre tomando bebidas gaseosas y comiendo helados, estoy obligado a disciplinarlos, porque como padre soy responsable de que crezcan saludables.

También estoy obligado a juzgar la conducta que afecte el honor y el orden de nuestro hogar, porque un día tendré que dar cuentas a Dios y a mis vecinos. Si mis hijos son groseros e indisciplinados frente a otras personas, en definitiva ello es un reflejo mío como padre, y prueba que no estoy cumpliendo con mi función.

Juicio en la Iglesia

La siguiente área de juicio es la que el Nuevo Testamento trata primordialmente: la iglesia, el cuerpo colectivo de creyentes. Primero que todo, se espera de los líderes de la iglesia que juzguen a aquellos que les siguen. Está muy claro en el pasaje de Hebreos que vimos anteriormente, que los líderes en la iglesia deben ejercer autoridad y mantener la disciplina. La verdad es que una congregación donde el liderazgo no cumple con estas cosas no es en el sentido bíblico una iglesia.

Pero el juicio no es sólo responsabilidad de los líderes. En otro sentido, la iglesia tiene la responsabilidad de juzgar. Debemos mantener presente que la palabra iglesia, en el griego *ekklēsia*, se usaba normalmente para designar una asamblea de gobierno. La misma esencia de la iglesia es que

gobierna. Sin gobierno no hay iglesia. Y última-mente, aunque esté bajo el juicio de su liderazgo, la iglesia entera debe aceptar su responsabilidad para juzgar. No hablo en este punto de individuos que juzguen; en la mayoría de las áreas en que se nos responsabiliza para juzgar, no lo hacemos individualmente. Lo hacemos colectivamente. La mayoría de las veces que la Biblia dice que se juzgue, la orden está en plural, lo que significa que es la congregación de creyentes la responsable de ello.

En 1 Corintios capítulo 5, encontramos lo que debemos juzgar: la *conducta* de los otros creyentes. ¿Sabía usted que la iglesia tiene la obligación de juzgar su conducta? En la iglesia de Corinto, uno de los miembros había tomado a la esposa de su padre. Pablo dice que el tal no tenía lugar en la iglesia; él lo juzgó. Pero aunque el juicio de Pablo era el de un apóstol, dependía del endoso de la iglesia. Por eso les escribió y les dijo que pronunciaran su juicio sobre ese hombre cuando se reunieran. Debía ser una acción colectiva de todo el cuerpo.

La epístola continúa diciendo que la forma que este juicio corporal debía tomar era la exclusión del ofensor de la comunión de la iglesia. Los creyentes no debían ni comer con tal hombre. Pero Pablo les advirtió no extender este juicio al mundo fuera de la iglesia.

Pues, ¿por qué he de juzgar yo a los de afuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro de la iglesia?

Pero Dios juzga a los que están fuera (vs. 12-13).

Pablo dice que no es asunto nuestro juzgar al mundo. Pero sí a los creyentes como nosotros, porque somos responsables por ellos como un padre con su familia.

¿Qué otra cosa debemos de juzgar además de la conducta? La segunda área en la que somos responsables para juzgar es en las *disputas entre creyentes*. Las Escrituras son bien claras en cuanto a esto. En Mateo capítulo 18, Jesús dice que si nuestro hermano nos agravia, debemos discutirlo privadamente con él. Pero que si rehusa corregir la ofensa, debemos llevarlo a la iglesia.

La iglesia debe juzgar colectivamente el asunto en este punto. Si el hermano ofensor rehusa aceptar el juicio de la iglesia, ésta está instruida para tratarlo como a un impío. Es atemorizante darse cuenta que el que no acepta la decisión de la igle-

sia pierde el derecho de ser tratado como cristiano. También da temor saber que son pocas las iglesias que ejercen con competencia la autoridad que les es conferida para juzgar.

¿Qué otras cosas se requieren que juzguemos como iglesia? Yo diría que los *errores doctrinales*. Leemos en Romanos 16:17: "Y ahora os ruego, hermanos, que vigiléis a los que causan disensiones y tropiezos contra las enseñanzas que vosotros aprendisteis, y que os apartéis de ellos." Si hay personas que tienen doctrinas incorrectas que quieren propagar y que se convierten en fuentes de división en la iglesia, debemos identificarlos y rehusar tener comunión con ellas. De manera que otra base para juzgar es el error doctrinal que causa división en la iglesia.

Areas donde no debemos juzgar

Seguidamente, quiero nombrar algunas áreas donde no tenemos ninguna responsabilidad para juzgar. La lista podría ser numerosa, pero bastarán unas cuantas.

1) *No somos responsables de pasar juicio final sobre el carácter de nadie, incluyéndonos a nosotros.* Como ya lo hemos visto, esta es la responsabilidad de Dios únicamente.

2) *Como individuos no somos responsables de juzgar a otros creyentes.* Si hemos de emitir juicio sobre otro creyente, debemos de hacerlo colectivamente como iglesia y no como individuos. A menos que su conducta afecte nuestra conducta (y entonces debemos de confrontarlo en privado primeramente), no es asunto nuestro juzgar a otro creyente. Está fuera de nuestra jurisdicción.

3) *No somos responsables de juzgar a los hijos de los demás.* Aunque sea una tentación hacerlo, las familias de otras personas no están dentro de nuestra jurisdicción, a menos que su conducta nos afecte a nosotros personalmente. La mayoría de las personas que he visto juzgar a los hijos de los demás, estarían mejor corrigiendo a los suyos propios.

4) *No somos responsables de juzgar a otros grupos de cristianos.* Este problema no se suscita

en el Nuevo Testamento porque no había otros grupos cristianos, como la multitud de denominaciones que tenemos ahora. Pero a menos que tengamos problemas con los miembros de otra iglesia, no tenemos ninguna responsabilidad de juzgarlos. Si estamos convencidos que la situación necesita ventilarse, debemos hacérselo saber a nuestro pastor para que él lo discuta con el pastor de ellos.

Cinco requisitos para hacer un buen juicio

¿De qué manera juzgamos cuando tenemos la responsabilidad de hacerlo? He observado que la mayoría de los juicios hechos por los cristianos infringen las reglas que las Escrituras dan. Hay cinco requisitos para hacer un buen juicio:

1) *Juzgar con juicio justo.* Jesús lo dijo en Juan 7:24. Nunca juzgue injustamente porque Dios demandará que le dé cuentas por todo asunto que juzgue.

2) *Juzgue con base en factores probados.* Me ha impresionado la acción del Señor, en Génesis 18, cuando le dijo a Abraham que iba camino a Sodoma y Gomorra, a inspeccionar lo que estaba sucediendo; él no estuvo conforme con aceptar meramente los malos reportes que había de esas ciudades (presumiblemente dados por ángeles) sin verificarlos él mismo. Ni el Señor juzgó sin primero ir a ver la situación por él mismo ¿Cómo nos atrevemos nosotros cuando Dios no lo hace?

3) *Debe permitírsele al acusado encarar a sus acusadores.* En Juan 7:51, el Sanedrín, el concilio legal de los judíos, estaba discutiendo los malos reportes que se oían de Jesús y hasta discutiendo entre ellos. Un hombre honesto, llamado Nicodemo, les recordó: “¿Juzga nuestra ley a un hombre sin haberle oído primero, y saber lo que está haciendo?” No es bíblico juzgar a nadie sin permitirle que hable por sí mismo en su cara.

4) *Debe haber por lo menos dos testigos que corroboren toda mala acción.* Deuteronomio 19:15 dice: “No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquiera ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación.” Nunca debemos condenar a una persona con el testimonio de un solo testigo. El mínimo es dos, preferiblemente tres.

5) *Los testigos deberán dar cuentas por su testimonio.* El mandamiento contra el falso testimonio aparece en la Biblia junto a los mandamientos contra el homicidio, robar y cometer adulterio. Sin embargo, hay multitud de cristianos que levantan testimonios falsos contra sus hermanos sin siquiera pestañear. Pero Dios los coloca en la misma categoría de los homicidas, los adúlteros y los ladrones.

En el Antiguo Testamento, cuando un criminal era sentenciado a muerte por la ley, los primeros en ejecutar el castigo eran los testigos de su delito. ¿Para qué se hacía esto? Si llevamos chismes contra alguien y lo metemos en problemas, debemos responsabilizarnos por lo que hemos hecho. No quedamos exonerados cuando acusamos a alguien y después decimos: “Realmente no era mi intención causarle daño.”

Es más, de acuerdo a la ley del Antiguo Testamento, si se encontraba que alguien había traído un testimonio falso contra otra persona y era juzgado por un crimen en particular, entonces el testigo falso recibía el castigo por el crimen, que en muchos casos era la muerte. Esto hacía que muchos se detuvieran a pensar antes de dar un testimonio falso. Aunque las sentencias han cambiado un poco desde los días del Antiguo Testamento, el desprecio de Dios por los testigos falsos nunca ha variado.

De manera que hay cinco requisitos básicos para hacer un juicio justo: 1) Tiene que ser un juicio justo. 2) El juicio debe fundamentarse en hechos probados. 3) El acusado tiene el derecho de enfrentarse con sus acusadores. 4) El juicio debe hacerse con base en el testimonio de por lo menos dos testigos veraces, preferiblemente tres. 5) Los testigos son responsables por su testimonio; y si éste es falso, merecen el castigo que hubiese venido al acusado si su testimonio hubiese sido cierto.



En la silla del juez

Una observación final. Si juzgamos cuando no tenemos autoridad para hacerlo, ¿en qué nos convierte eso? En 1 Pedro 4:15 leemos: "Que de ninguna manera sufra alguno de vosotros como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremetido." ¿Qué somos usted y yo cuando juzgamos donde no tenemos autoridad para hacerlo. Somos *entremetidos*, y estamos en la misma categoría de los homicidas, los ladrones y los malhechores. La palabra "entremetido" en el griego significa uno que quiere supervisar los asuntos de otro sin habersele

dado esa responsabilidad. No debemos actuar como supervisores sobre asuntos que no nos han sido asignados.

En Santiago 4:11-12 encontramos una advertencia que es clave en nuestra actitud hacia el juicio. No se nos permite hablar mal de otros aunque sea cierto.

Hermanos, no habléis mal los unos de los otros. El que habla mal de un hermano, o juzga a su hermano, habla mal de la ley, y juzga a la ley, pero si tú juzgas a la ley, no eres cumplidor de la ley, sino juez de ella.

Sólo hay un Dador de la ley y Juez, Aquel que es poderoso para salvar y para destruir, pero ¿quién eres tú que juzgas a tu prójimo?

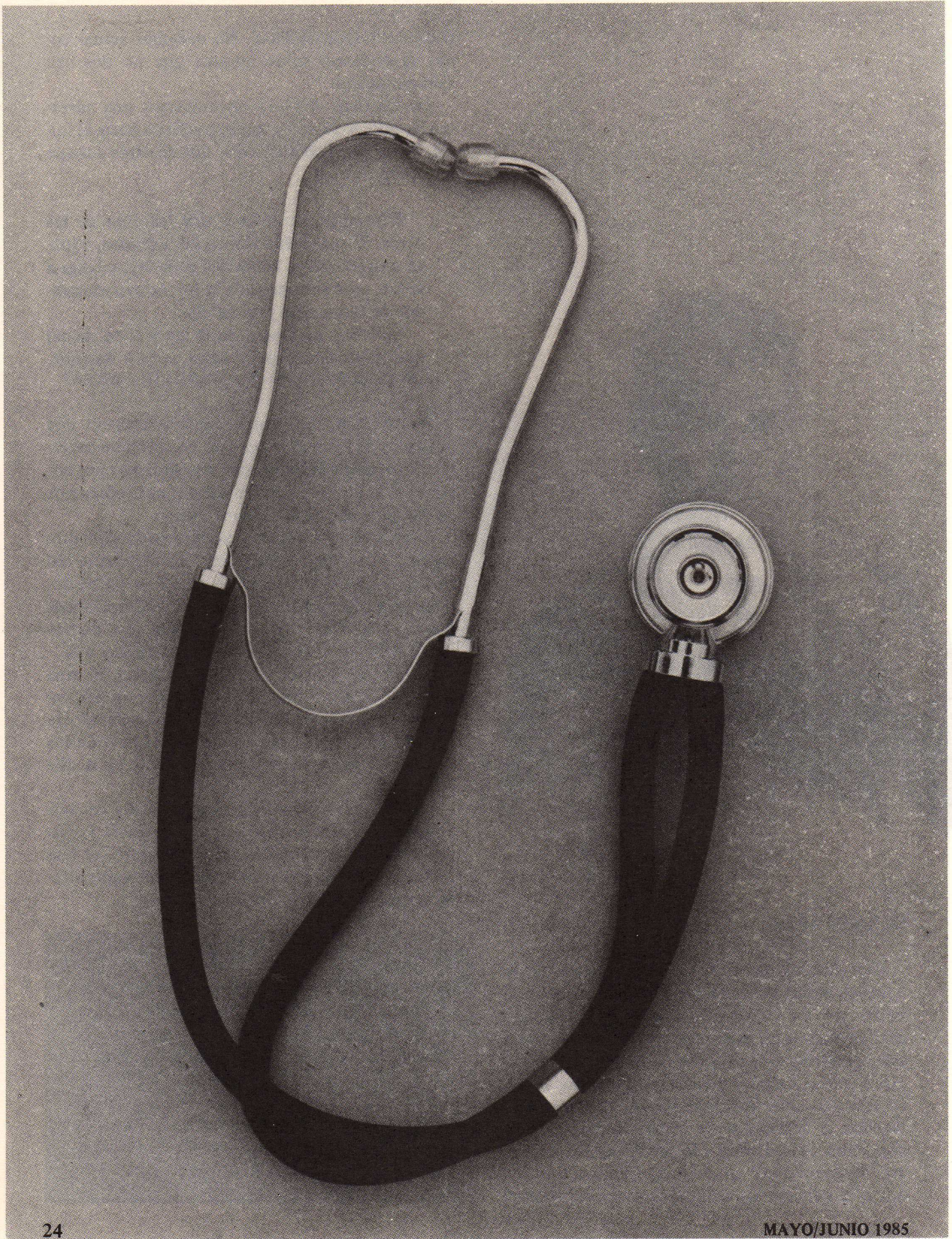
Cuando hablamos mal de nuestro hermano, nos burlamos de la ley, porque ésta nos prohíbe hacerlo. Y juzgamos la ley porque nos situamos por encima de la ley de Dios. En efecto, nos colocamos en una posición de juez sobre Dios.

En una corte secular, la acción entera gira alrededor de una silla: la del juez. Cuando el juez entra en la sala, todos se deben poner en pie en demostración de respeto a su calidad de juez. Usualmente, hay algún tipo de barricada que impide que la gente en la corte tenga acceso directo a él.

Ahora, imagínese que estoy sentado en una corte y que el juez no ha entrado aún. Su silla está vacía y en la sala hay silencio y solemnidad. De repente me levanto, me abro paso a través de los guardias, y presuntuosamente me siento en la silla del juez.

Eso es precisamente lo que hacemos cuando juzgamos asuntos que Dios no nos ha dado. Jamás nos atreveríamos a hacer algo semejante en una corte secular. Mucho menos nos deberíamos atrever a usurpar el trono del juicio de Dios.

Derek Prince recibió su educación en Griego y Latin en las universidades británicas de Eton College y Kings College, en Cambridge. Su programa de radio "Hoy con Derek Prince" se difunde en muchas emisoras a través de los Estados Unidos. Derek y su esposa Ruth pasan gran parte de su tiempo viviendo y ministrando en Israel. El resto del tiempo lo emplea para ministrar en los Estados Unidos y otras partes del mundo.



Diagnosticando el pecado en sus inicios

por Bob Mumford

Bob Mumford recibió su licenciatura en divinidad del Seminario Episcopal Reformado en Filadelfia, E. U. A. Ha servido como pastor, evangelista, maestro, decano y profesor del Instituto Bíblico de Elim en Nueva York. También es autor de varios libros.

“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.

“Si quisieréis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisieréis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho” (Is. 1:18-20).

Este es un pasaje que se usa con frecuencia para llevar a otros al conocimiento de Cristo. Yo mismo pensaba que el Señor decía con respecto a la salvación de un hombre: “Aunque eres un pecador infectado, cubierto con pecado carmesí, yo te lavaré y serás tan puro y tan blanco como la nieve”.

Qué sorpresa me llevé, cuando mi profesor de hebreo en el seminario me enseñó que esta escritura no tiene nada que ver con la salvación. Es una lección sobre la naturaleza del pecado sin frenar. Los versículos no son una promesa de limpieza, tanto como una advertencia.

Aquí el pecado es comparado con la lepra. En sus etapas iniciales, la lepra se presenta como una inflamación al rojo vivo. Si no se controla el desarrollo de la enfermedad, la piel se vuelve blanca como la nieve. El cambio del rojo vivo a blanco indica que la carne está muriendo y eventualmente se desintegrará y caerá.

La lepra como un tipo del pecado es muy gráfi-

ca. La mayoría de los pecados comienzan como una inflamación. Nada muy serio, sólo algo irritante, incomodante y tal vez feo. No obstante, si no se trata, progresará y madurará. Cuando el pecado madura completamente, igual que la lepra, destruye todo lo que infecta, extendiéndose hasta que todo el hombre es consumido.

De manera que el verdadero énfasis de este pasaje está en el Señor que busca razonar con su pueblo. El desea ayudarles a entender que si bien su pecado pareciera ser algo pequeño al principio, si no es curado, los destruirá con el tiempo.

El pecado de la crítica es un buen ejemplo. Hay personas que han hecho de la crítica un arte muy fino. ¿Ha visto usted a alguien en quien el espíritu crítico se ha desarrollado? Tal vez comenzó temprano en su vida, como una inflamación. Pero continuó sin ser detenido hasta que consumió todo su ser.

Una vez se me pidió que ministrara a un hombre así que estaba en el hospital muriéndose de cáncer. Era una de las personas más miserables que jamás haya visto. Criticaba a todo el mundo y a todas las cosas, todo el tiempo y en todo lugar. Me encontré sentado junto a su cama, sin ninguna palabra, absolutamente, para él. Como la lepra, una vez que el pecado ha llegado a su madurez total, hay poco por hacer para detener el proceso degenerativo que se desarrolla en un ser humano. Al ver a este hombre en su condición, una súplica se elevó en mi corazón: "Señor, no quiero llegar al final de mi vida con problemas que no hayan sido confrontados". En ese mismo instante pude ver que los problemitas, los que podía catalogar como "fallas de carácter" podrían crecer hasta llegar a destruirme.

Consentir y Obedecer

La frase clave en este pasaje de Isaías se puede traducir literalmente de esta manera: "Si consintiereis y obedeciereis. . ." (v. 19). No hay nada que se pueda hacer por una persona que primero no consienta. Cuando comenzaba mi carrera en el ministerio tuve la oportunidad de enseñar a un grupo de delincuentes juveniles. Su actitud era desafiante, fanfarrona e indispuerta para aprender. Exasperado, llegué a la conclusión de que nadie les podría enseñar nada. ¿Por qué? Porque no lo consentían.

En sentido yuxtapuesto, el Señor dice: "Si no quisiereis y fuereis rebeldes. . ." Rehusarse a oír

siempre viene antes de la rebelión contra la ley de Dios. Rehusar dar consentimiento al proceso de sanidad del Señor mientras que el pecado está aún en su etapa de inflamación es abrirse a la ley del pecado y de la muerte para que siga su acción descontroladora.

Con mucha frecuencia rehusamos reconocer estas inflamaciones cuando aparecen por primera vez, por lo general en la forma de problemas continuos y conflictos con nosotros mismos y con otras personas. Estas áreas de conflicto están arraigadas comúnmente en todo aquello que todavía no hemos presentado a Dios para que lo mida de acuerdo con su palabra. El Señor quiere limpiar todas esas áreas si sólo lo consintiéramos. Los conflictos y las luchas son las formas que Dios usa para llamarnos la atención a un problema más profundo.

Igual que una pequeña inflamación que pudiese pasar desapercibida por un tiempo, los pecados que destruyen la vida no son siempre aquellos que nos confunden de repente sin ninguna advertencia. Son por lo general, pequeños problemas que se han descuidado año tras año. En el Cantar de los Cantares 2:15 se nos dice que "las zorras pequeñas echan a perder las viñas. Es muy difícil que una zorra de ciento cincuenta libras se cuele en un viñedo. Son las pequeñas que pueden hacer huecos debajo del muro y escabullirse silenciosamente sin que el vigía se dé cuenta del daño que están haciendo. De la misma manera, el pecado es más a menudo una gotera lenta y constante que un torrente de agua.

Las Pequeñas Zorras

He encontrado algunas "inflamaciones menores" de tipo crónico que tienen el hábito de convertirse en algo serio si no se confrontan. He aquí algunas de ellas:

Postergación. La mayoría de las esposas le dirán que sus maridos tienen la *enfermedad del mañana*. Eso significa que todo lo dejan para mañana. Como el que pintó un rótulo que decía: "¡Hágalo ahora!" pero nunca llegó a colgarlo. La demora en hacer las cosas afecta y disipa todo lo demás en la vida del individuo. El trabajo, el matrimonio, los planes y las aspiraciones, todo comienza a derrumbarse cuando la postergación se convierte en un hábito y se permite que desarrolle su efecto completo.

Incapacidad de aceptar responsabilidad. Algu-

nas personas rehúsan aceptar cualquier tipo de responsabilidad. Siempre le echan a otro el "mochuelo". Pídeles que se encarguen de recoger fondos para la escuela y su respuesta será: "No soy muy bueno para ese tipo de cosas. . . mi trabajo me quita mucho tiempo". Muy rara vez llevan la carga.

Otros rehúsan aceptar la responsabilidad de sus acciones: "Toda mi familia es critica; por eso yo soy así". "Llegué tarde porque se me descompuso el reloj". Estos son ejemplos leves pero que reflejan una incapacidad de aceptar la responsabilidad personal de su propia vida y de sus propias acciones. Esta aceptación personal es el primer paso que lleva al arrepentimiento para recibir la gracia de Dios y ser cambiado. Si la rechazamos continuaremos prisioneros de lo que sea que estemos tratando de escapar.

Incapacidad para comunicar. Muchos no pueden abrirse con sinceridad y claridad para decir lo que les sucede adentro. La mayoría tenemos que *aprender* el arte de la comunicación. Rara vez viene como una característica natural. Algunos, sin embargo, no quieren tomarse el tiempo ni la molestia de aprender. El resultado es la frustración, el mal entendido y, en muchos casos, trae daños o pérdidas en el matrimonio, en las relaciones y en su efectividad dentro del reino de Dios.

Temor, ira, codicia, impaciencia, perfeccionismo, son otras pequeñas inflamaciones que nos son conocidas. Tenemos que reconocer que *cualquiera* de estos problemas puede estar presente en nuestras vidas, no como una fuerza aplastante e incapacitadora, sino como una inflamación.

Sin embargo, el Señor ha dicho: "Si consintiereis y obedeciereis, comeréis el bien de la tierra; si rehusareis y fuereis rebeldes, seréis consumidos . . ." Está dentro del propósito de Dios que aprendamos a vencer en cada una de estas áreas; pero eso requiere que primero consintamos a su trato en nuestras vidas. El temor de encarar la verdad, o nuestra decidida pereza en no querer cambiar, son generalmente las razones principales por las que rechazamos someternos al proceso de sanidad del Señor cuando él nos confronta con nuestras debilidades.

Si bien Dios quiere que dominemos estas cosas, no creamos por eso que él nos proveerá con una fórmula mágica que elimine totalmente todas las luchas difíciles, los sentimientos indeseados y las tentaciones de hacer lo que sabemos es malo. La Biblia dice que tenemos que *vencer*; no *eliminar*.

La victoria para el cristiano consiste en aprender a tratar con esos problemas con el poder del Espíritu Santo, aunque eso implique que la lucha y el conflicto sean continuos.

David Edwards, vicepresidente del Instituto Bíblico Elim, dijo una vez en su predicación que "Pedro seguiría siendo siempre Pedro". Es decir, seguiría siendo impetuoso, de fuerte carácter y vacilante a la vez. Ningún milagro lo cambió instantáneamente en un dechado de virtudes; a través de la pena de su fracaso aprendió la profundidad del amor de Cristo, el poder del Espíritu Santo, a dominarse y a vivir en victoria *a pesar* de los problemas de carácter inherentes en su personalidad. Los que buscan fórmulas mágicas se desilusionarán tarde o temprano y permanecerán sin cambiar. Los que acepten el diseño de Dios y se dispongan a cambiar encontrarán la victoria en sus vidas.

La Jornada de Regreso

Un querido pastor y amigo estaba sentado conmigo en un restaurante hace unos años. Del otro lado de la mesa vino esta pregunta: "Bob, ¿cuán bajo cayó el hombre?"

Era más que una pregunta teológica. Su interrogante salía de las profundidades de su propia experiencia personal como pastor acostumbrado a tratar con la naturaleza humana. El Señor me ayudó a comprender lo que pasaba en ese momento y respondí: "Se sabe cuando se comienza la jornada de regreso".

La mayoría de nosotros dejó en el comienzo los pecados más escandalosos y los hábitos más obvios que habíamos acumulado durante nuestros años en el mundo. El adulterio, las borracheras, las maledicciones, el fraude, etc., no es problema para la mayoría en el pueblo de Dios. Abandonamos tales cosas cuando llegamos al Señor.

Los verdaderos conflictos se presentan ahora en los hábitos cotidianos y patrones de vida que forman una parte tan íntegra de nosotros, que no los podemos discernir sin ayuda externa. Y cuando los vemos, no escandalizan ni alarman a nadie ni se cuestiona nuestra fibra moral. Sin embargo, al cabo del tiempo, porque son conflictos de todos los días, pueden dejarnos sin energías y derrotarnos tanto como las grandes tentaciones. La victoria en las cosas pequeñas es a la postre la que define si seremos usados verdaderamente en el reino de Dios o si tendremos que contentarnos con ver

que lo hagan otros.

Los siguientes principios le ayudarán a definirse por un curso más aceptable.

1) Examine el fundamento de su vida. La primera piedra del fundamento es su *salvación*. Eso incluye su comunión y su compromiso con el Señor Jesús. ¿Es su comunión libre, fluyente y alegre? ¿Está usted sólidamente comprometido con su reino y con su voluntad para que se cumpla en su vida, no importa lo que le cueste personalmente? Si no puede responder estos aspectos, entonces se encontrará con algunos obstáculos básicos.

Segundo, ¿ha sido su *bautismo en agua* una experiencia clara y significativa? Nuestra identificación con la sepultura y resurrección de Cristo en el bautismo en agua es más que simbólica. Las Escrituras lo declaran como un punto de identidad de nuestra nueva vida en Cristo y una partida de nuestra vida vieja y patrones habituales.

La tercera piedra de nuestro fundamento es un *bautismo en el Espíritu Santo* que fluya con libertad. Debemos de disfrutar en una corriente de adoración y de alabanza al Señor como parte de nuestro ministerio sacerdotal de todos los días hacia él. Orar en lenguas debe ser parte activa y vital de nuestra comunión diaria con el Señor. Estas tres experiencias básicas de salvación, bautismo en agua y en el Espíritu Santo, componen nuestro fundamento con el Señor. Si hay rajaduras o puntos débiles en cualquiera de estas piedras, producirá inestabilidad en todo lo que se edifique sobre ellas.

2) Investigue la posibilidad de involucramiento con el ocultismo. Este tipo de involucramiento pudiese ser la fuente de actividad de demonios o lo que los sicólogos llaman "comportamiento compulsivo", que pudiera manifestarse en glotonería, apetitos sexuales anormales, ira o cualquiera de las muchas opresiones o estorbos en la comunión con el Señor. El ocultismo tiene que ver con el contacto o el interés en fenómenos síquicos, ouijas, horóscopos, lectura de las palmas, de la baraja, etc. He descubierto que muchas veces la raíz del problema en individuos con profundas ataduras, se debe a su involucramiento con el ocultismo. Pudiese ser una cosa tan inocente como que su madre lo llevara para que le adivinara el futuro cuando tenía nueve años. Tal vez no entendamos completamente algunos principios espi-

rituales, pero cualquier contacto por inocente que sea, con el ocultismo, puede producir efectos duraderos y dañinos.

La seriedad de estas actividades se fundamenta en el mandamiento del Señor en su palabra que relaciona las prácticas ocultistas con el adulterio espiritual o la infidelidad al Señor. Quien busque la ayuda de los poderes de las tinieblas se convierte en su esclavo. Cualquier contacto con el ocultismo, por más leve que haya sido o por más tiempo que haya pasado, debe ser renunciado como pecado. Luego se debe buscar el perdón divino por querer del enemigo lo que debidamente tiene que venir de Dios.

3) Asegúrese de que todas sus relaciones estén en orden. Primero, si usted sabe que no se ha comportado bien con otra persona, sea ésta su padre, su madre, sus hijos, su marido, su esposa, su amigo o su patrón, tiene que pedirle perdón. Cualquiera que sea la situación, si su conciencia le molesta delante de Dios, entonces vaya y pida perdón.

Segundo, si usted ha alimentado sentimientos de resentimiento, enojo u odio contra cualquiera, entonces necesita recibir el perdón de esa persona por su actitud contra él. (Tenga cuidado de no usar la ocasión como una oportunidad para reclamarle todo lo malo que usted recibió de esa persona. Usted debe solicitar el perdón por su pecado hacia ella y no al revés.)

4) Reconozca el problema. Esto significa que debe aprestarse para entrar en "el conflicto de la fe". Significa que está dispuesto a permitir al Señor que comience a hacer ciertos cambios en usted. Muy raras veces se reconocerán las otras cosas que Dios quiere hacer en nuestras vidas si se asume que la vida cristiana consiste sólo en ir al cielo, hablar en lenguas y reprender al diablo. Una vez que acepte que hay problemas reales en usted con los que Dios quiere tratar, le quedan sólo dos alternativas: "consentir y obedecer", o "rechazar y rebelarse".

También significa llamar a las cosas por su nombre. Algunas escuelas mandan a las casas reportes del alumno diciendo: "Esfuerzo insuficiente". Lo que realmente quieren decir es que el alumno es *perezoso*. Nuestra sociedad ha desarrollado una manera de acolchar la verdad para que no sea demasiado dura. Jamás nos ocuparemos del problema si decimos que tenemos sobrepeso por-

que radica en la familia. Tendremos que decir: "Estoy demasiado gordo. Tengo que dejar de comer tanto". Yo he oído decir a algunos: "Yo soy muy sincero. Siempre digo lo que siento", cuando la verdad es que es un criticón de primera. Cualquiera que sea el problema, sepa llamarlo por su verdadero nombre: enojo, postergación, miedo, egoísmo y acepte usted mismo su responsabilidad.

5) Acepte la vergüenza y la humillación sin hacer excusas. Que alguien acepte sin excusarse su responsabilidad en la situación es algo casi nunca visto en nuestra sociedad moderna. Esta es una de las razones por las cuales mucha gente no recibe ayuda verdadera. La Biblia dice que "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes". Si estamos dispuestos a humillarnos y a admitir honestamente las consecuencias de nuestros problemas, el Espíritu de Dios dará su gracia, su fuerza sobrenatural y determinación para la lucha. Es difícil admitir que en realidad somos débiles e indisciplinados. Es más fácil pasar la culpa a la familia, al vecino, a nuestros temperamentos y personalidades. El orgullo provoca la resistencia de Dios.

6) Busque ayuda y dirección. Es importante tener un verdadero pastor que se interese por usted y esté a su lado mientras lucha con el problema. Hay dos razones por lo menos: primero, necesitamos a alguien que sea objetivo y que nos ayude a vencer nuestro subjetivismo. Si la lucha es por perder peso, habrá voces sugiriendo un ayuno de cuarenta días, pero alguien que nos conozca bien pudiera darnos un consejo sano como ayunar un día a la semana y olvidarnos de los dulces y los chocolates.

Segundo, necesitamos de alguien que nos escuche, que ore por nosotros y que nos anime cuando estemos en medio de la batalla y que nos mantenga en el curso correcto. Es muy fácil desalentarse cuando no se ve mucho progreso y necesitamos que alguien nos ayude.

7) Determine sufrir con tal de cambiar. Es inevitable el sufrimiento cuando se ha determinado cambiar en cualquier aspecto. Cuando viene el esfuerzo se desearía no haberse comprometido a hacerlo. Las dudas vienen con respecto a si se quiere en realidad cambiar. Aquí entra en juego la determinación, lo que la Biblia llama "perseverancia". ¿Cuánta determinación se necesita para cam-

biar el hábito de un hombre que todos los días de su vida, cuando vuelve a su casa del trabajo, se aisla frente al televisor hasta que es hora de acostarse? Los grandes atletas hablan de la "barrera del dolor". Los ganadores son aquellos que tienen la capacidad de ir más allá de este punto. No tiene nada de divertido, de agradable, de fascinante o de emocionante; es difícil, pero nosotros como discípulos de Jesús, estamos llamados a desarrollar esta cualidad de perseverancia.

8) Mantenga la visión de la recompensa. Pídale a Dios que le dé una visión del éxito que él quiera que tenga en esas áreas de problema. Muchos, dentro del pueblo de Dios, sufren de culpa y condenación porque no han alcanzado la meta que Dios les ha puesto. Tenemos que poner los ojos en la meta, sabiendo que si Dios la dio es porque se puede alcanzar y que él nos dará la suficiente gracia para lograrlo.

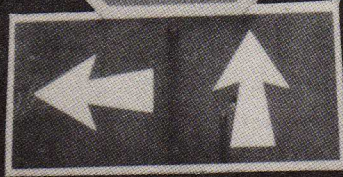
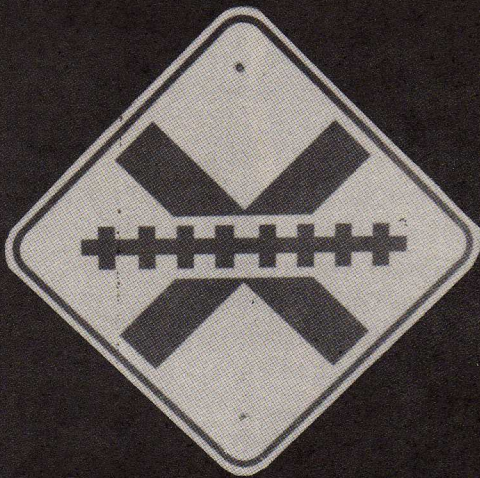
9) Cuídese de las recaídas. Es un engaño pensar cuando se ha logrado una victoria en cualquiera de las facetas de la vida, que de ese punto en adelante se vivirá para siempre sin luchas ni tentaciones en ese aspecto.

El Señor me quitó el hábito del cigarrillo muy temprano en mi vida cristiana. Tres años más tarde, me encontraba en una parada de autobús y cerca de mí estaba un hombre fumando. De repente, el olor del cigarrillo me incitó de tal manera que por poco se lo arrebató de las manos. Me sorprendió saber lo cerca que había estado en dar el salto fatal. Por la gracia de Dios logré vencer la tentación y mantener mi libertad.

Una recaída puede venir en cualquier punto de la lucha o aún después de quedar libre del hábito o la dificultad. Es preciso saber que en esas áreas se es vulnerable. No baje la guardia. Si llegase a ocurrir, busque la restauración y el perdón inmediatamente en vez de permitir que lo enrede aún más. Su pastor le ayudará a sobreponerse a la condenación y al fracaso y a enfrentarse de nuevo al reto.

El Señor ha prometido que si consentimos y obedecemos, "comeremos el bien de la tierra". La provisión de Dios es una tierra que fluye leche y miel; esa es nuestra visión. Antes de llegar, sin embargo, tenemos que aprender a ordeñar las vacas y a no dejarnos picar por las abejas.

Tomado de New Wine Magazine, Mayo de 1980



UNA SEÑAL VIVIENTE

por Charles Simpson

*El pueblo de Dios
está llamado
a ser una demostración
visible de su mensaje
en la tierra.*

¿Qué significa ser una señal? Una "señal" es una demostración viviente, una manifestación visible del propósito de Dios. A menudo, cuando Dios habla a las naciones, usa a personas como señales. Jesús fue la señal más grande de Dios para el mundo; una demostración viviente de su voluntad, profetizado siglos antes por Isaías: "Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel (Dios con nosotros)" (Is. 7:14).

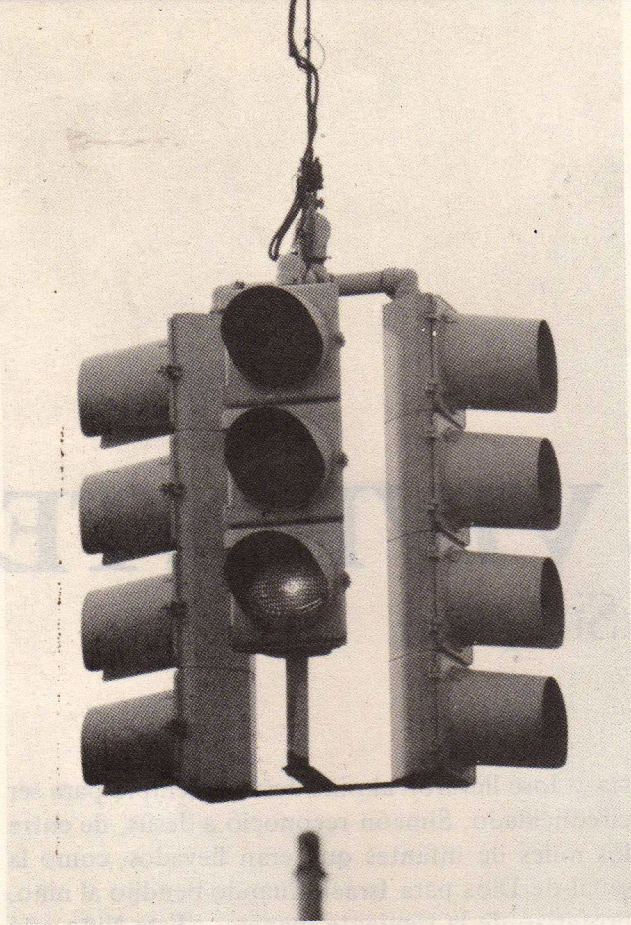
Simeón, uno de mis personajes bíblicos favoritos, sabía que habría de venir una señal para Israel y la estaba esperando. El Espíritu Santo estaba sobre él; era un hombre de una era pasada que vio su final y el comienzo de la próxima. Cuando Ma-

ría y José llevaron al niño Jesús al templo para ser circuncidado, Simeón reconoció a Jesús, de entre los miles de infantes que eran llevados, como la señal de Dios para Israel. Cuando bendijo al niño, profetizó de la siguiente manera: "Este Niño está señalado para la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y para *señal* de contradicción -y una espada traspasará aun tu misma alma, a fin de que se revelen los pensamientos de muchos corazones" (Luc. 2:34,35).

La profecía de Simeón es importante para nosotros si queremos comprender lo que significa ser una señal. Primero, debemos notar que Simeón dijo que el niño, como señal, *causaría* la caída y el levantamiento de muchos. En otras palabras, Jesús no sería quien empujara a alguien para que cayera o lo tomara para levantarlo. Más bien, la manera en que *ellos* respondieran a su persona, sería lo que les causaría levantarse o caer.

Una señal no determina por sí misma lo que nos suceda; lo que hacemos nosotros en respuesta a la señal es lo que determina qué sucederá. Si vemos una señal de tránsito que indica "una vía" y entramos a la calle en dirección contraria y tenemos un accidente, no podemos culpar del accidente a la señal: todo lo que hizo ésta fue advertirnos. La señal no nos accidentó; fue puesta para evitar colisiones. Lo que *nosotros* hicimos en respuesta a la señal nos condujo a consecuencias desafortunadas. De igual manera, Jesús como señal no hizo que Israel cayera. Algunos no leyeron la señal y por eso cayeron. Otros sí la leyeron y se levantaron.

Segundo, encontramos que Simeón continuó su profecía con pensamientos muy sobrios sobre la



Charles V. Simpson recibió su educación en la Universidad de William Carey en Hattiesburg, Mississippi y en el Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans, Louisiana. Además de sus responsabilidades pastorales y ministerio internacional, es presidente de la Junta Editorial de New Wine. El, su esposa Carolyn y tres hijos viven en Mobile, Alabama.

oposición. Dijo que Jesús estaba destinado a ser una señal que sería contradicha (2:34). A veces no nos gusta lo que indica una señal. Pero de nada nos sirve quejarnos. Nos guste o no, el mensaje permanece igual. Se le puede tirar lodo a la señal, pero esta sigue allí. Cuando a Israel no le gustaba el mensaje de una de las "señales" de Dios, su reacción era matar al mensajero. Pero no podían cambiar el mensaje. El mensaje permanecía igual.

Tercero, Simeón dijo que por causa de Jesús como señal, el pensamiento de muchos sería revelado (2:35). Jesús dejó expuesto lo que estaba en el corazón de la gente. Tomemos, por ejemplo, al fariseo, pilar de la comunidad. Su túnica era hermosa y se veía muy devoto. Su apariencia era la de un hombre santo; ofrendaba para el templo y

oraba en las esquinas de las calles. Pero cuando Jesús vino, el fariseo derramó su veneno, probando lo que Jesús había dicho de él: era un sepulcro blanqueado. Dios sabe lo que está en el corazón de la gente, pero se necesita una señal para sacarlo fuera y que todos lo vean.

Isaías y Ezequiel

Una y otra vez a través de las Escrituras podemos ver cómo Dios usa a su pueblo como una señal. El hijo de Isaías es un ejemplo. Eran los días en que los nombres tenían un significado especial para el pueblo de Dios y el Señor le dijo a Isaías que pusiera a su hijo por nombre "Maher-salal-hasbaz", que significa "el despojo se apresura, la presa se precipita" (Is. 8:3). Así como la venida de "Emanuel" quería decir para Israel "Dios con nosotros," el hijo de Isaías significa "Juicio". Maher-salal-hasbaz fue una señal para una nación corrupta que decía que Dios juzgaría a su pueblo.

Ser señal en los días de Isaías, seguramente que causaba problemas, de la misma manera que sucedió en los días de Jesús. Además de que Maher-salal-hasbaz es una etiqueta bastante larga para colgársela a un niño, la gente se sentía incómoda en su presencia. Imagínese una conversación de la siguiente manera:

— ¡Qué niño tan hermoso! ¿Cómo se llama?

— Juicio.

— ¡Oh, perdone. Siento haberlo preguntado!

El precio que Ezequiel y su esposa tuvieron que pagar por ser una señal fue mucho mayor. En Ezequiel 24 leemos lo que sucedió:

Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, he aquí que yo te quito de golpe el deleite de tus ojos; no endeches, ni llores, ni corran tus lágrimas. Reprime el suspirar, no hagas luto de mortuorios; ata tu turbante sobre ti, y pon tus zapatos en tus pies, y no te cubras con rebozo, ni comas pan de enlutados.

Hablé al pueblo por la mañana, y a la tarde murió mi mujer; y a la mañana hice como me fue mandado.

Y me dijo el pueblo: ¿No nos enseñarás qué significan para nosotros estas cosas que haces? (15-19).

Ezequiel dijo al pueblo que su esposa era una señal de que Dios les quitaría su deleite, el santuario, al ser conquistados por el enemigo y que no tendrían ni la oportunidad de lamentarse; "Y les

serás por señal,” dijo Dios, “y sabrán que yo soy Jehová” (27).

Podríamos preguntar por qué Dios tenía que llevarse a la esposa de Ezequiel. Es una pregunta secundaria, aunque para Ezequiel no lo fuera. Si consideramos lo que sucedió después, sabremos que Dios tuvo misericordia de esta mujer.

Durante la vida de los que oyeron a Ezequiel, Nabucodonosor sitió a Jerusalén y cuando hubo terminado, el templo había sido destruido y quemado. Las mujeres fueron violadas, las familias masacradas y los sobrevivientes exilados.

Una señal para hoy

El relato es aterrador, pero la situación que encaramos ahora en esta nación no es menos seria. Algunos dirán que el juicio de Israel fue demasiado severo. Y si se cree que fue el resultado de una situación extraordinaria, se debiera considerar lo que ha estado aconteciendo en el mundo en los últimos cuarenta años. Los bolcheviques de Rusia mataron a no menos de veinte millones de personas, un número tan grande que no lo podemos imaginar. Sólo Dios sabe cuántos han sido asesinados en China, o cuántos han muerto en Centro América y en otras partes del mundo.

No digo esto con un sentido de morbidez, sino para recordarnos que ser una señal en tiempos como estos es una carga pesada, y el pueblo de Dios ha sido llamado para ser una señal. Tal vez tengamos que ponerle “Juicio” a uno de nuestros hijos, o ver cómo se llevan a nuestra esposa. Dios ha dicho que debemos ser señales y debemos aprender lo que eso significa.

Los sucesos que leemos en la Biblia sucedieron hace mucho tiempo. Por eso no nos preocupa demasiado; pero cuando estaban sucediendo la vida era muy difícil. Piense en Isaías profetizando “Juicio” con el nombre de su hijo y viendo el desarrollo de esa profecía, porciones de la cual no se cumplieron sino hasta después de su muerte. Tuvo que vivir con una generación que estaba en confusión y sin entendimiento.

¿Podríamos siquiera imaginarnos la carga de Isaías o de Ezequiel? Seguramente que la gente creyó que Isaías era un tonto por llamar a su hijo “Maher-salal-hasbaz,” y que Ezequiel era un fanático mórbido por profetizar que su esposa iba a morir. No tenemos el suficiente fundamento para apreciar a estos hombres a quienes llamamos siervos de Dios. Observamos a través de los miles de años de la historia y decimos: “¡Alabado sea Dios

por Isaías!” Pero si este se apareciera en medio del pueblo de Dios hoy, seguramente que sería infamado y corrido de la ciudad.

Me hace llorar y me anonada el pensar lo que le costó a Ezequiel ser una señal. Me hace dar gracias a Dios por un hombre como él. Sé que en la eternidad sus heridas han sido sanadas, los malentendidos enderezados y que su mensaje ha sido probado correcto. Pero gracias a Dios por un hombre que caminó en la fe ante todo lo que sucedía.



Somos una señal

Dios nos está llamando para que seamos una señal de igual manera. No debemos de reaccionar cuando la gente responda a nuestro mensaje con un reto para que lo probemos y les mostremos su cumplimiento. Todo lo que tenemos que decir es que creemos que hemos oído a Dios. No podemos ofrecer “cinco buenas razones” por llamar a un niño Maher-salal-hasbaz; no hay ninguna, excepto que Dios dijo que se hiciera.

Dios nos dice que quiere que seamos una señal. Si tenemos miedo de las consecuencias podríamos preguntar si no es suficiente con “predicar” el mensaje. Pero esa no es la clase de Dios que es él. Él hace una demostración de sus mensajes; él los personifica. Cuando él habla, la gente ve lo que él está diciendo. A algunos les gusta y a otros no, pero eso no hace que él cambie su mensaje.

No quisiera que se desarrollara un complejo de mártir entre los cristianos. Pero no podemos evitar

que la señal cause la “caída y el levantamiento de muchos,” que haya “contradicción” y que “se revelen los pensamientos de muchos corazones.” Cuando alguien nos calumnie públicamente, sabiendo que a quien lo hace le falta ética y es deshonesto y no tiene nuestro bien en mente, debemos recordar que el propósito de Dios es revelar lo que está en el corazón de los hombres.

Yo debo confesar que a veces Dios ha revelado lo que está en *mi* corazón de la misma manera: ha habido ocasión en que he contradicho la señal de Dios, descartando la tarea de alguien que estaba haciendo algo por Dios porque no era de “nuestro grupo”, o porque no lo hacía a mi manera. Debemos recordar que nosotros mismos nos hemos opuesto, a veces, a las señales de Dios para que podamos demostrar gracia cuando la gente nos *lee* mal.

Ciertamente, el día vendrá cuando Dios nos *ordene* profetizar contra ciertas cosas. Desafortunadamente, muchas personas han estado demasiado dispuestas para hacerlo y lo han hecho prematuramente; no conforme a una carga divina sino por una actitud negativa. Debemos recordar que quien profetiza en contra de algo, él mismo entrará bajo un tipo de examen más intenso por parte de Dios y de otros.

Cuando el mundo habla en contra nuestra, tenemos que recordar también que no está tratando con nosotros sino con Dios. Nosotros somos sólo la señal y si el mundo se opone, lo hace contra Aquel que envió la señal. Eso nos ayudará a no luchar para protegernos o para defender nuestra reputación. Tenemos la responsabilidad de crecer y madurar como señales para nuestra generación de la misma manera que lo hizo el hijo de Isaías.

Ver y hacer

Isaías escribió con respecto a la venida de Jesús que Dios había desnudado su brazo santo “ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro” (52: 10). Eso significa que su trabajo será claramente visible para todos. Debemos notar la palabra *verán*. Isaías dice *verán* y no *oirán*. Dios hace una demostración para que todos vean. En el versículo 13 dice: “He aquí mi siervo será prosperado...” La causa y el efecto no es oír y discutir, sino *ver* y *hacer*. Los niños aprenden viendo y haciendo, no oyendo y hablando. Cuando queremos enseñar a caminar a nuestros hijos, no les damos una confe-

rencia sobre el caminar. Ellos nos observan e intentan hacerlo ellos mismos y aprenden a caminar aunque no tengan comprensión del lenguaje. Dios dice: “Te *mostraré* cómo hacer mi voluntad para que *tú* la hagas.”

Después de describir el sufrimiento de Jesús, Isaías escribe: “los reyes cerrarán ante él la boca, porque *verán* lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído” (v. 15). Si somos una señal como lo fue Jesús -y creo que todos los que le siguen lo serán- entonces las naciones verán en nosotros lo que no se les dijo y lo que nunca oyeron lo entenderán cuando nos vean. Dirán: “Ese es el reino de Dios. Lo entiendo. Veo lo que son.”

Hemos intentado hablar al mundo sin ser una señal

Hemos intentado hablar al mundo sin ser una señal. Por tradición hemos hablado y hemos tratado de explicarle al mundo, sin ser una señal de lo que decimos. Pero una señal tiene que estar descubierta para *mostrarle* al mundo para que vea y comprenda.

Jesús fue una señal. Ezequiel e Isaías, Daniel y Jeremías, José y Abraham eran todos señales. Nosotros también debemos ser señales. ¿Qué clase de señal? Una que demuestre que nuestro Dios reina, una señal de encarnación de la verdad, una señal que diga que Dios juzgará a toda religión que no tenga realidad. Inevitablemente seremos una señal de contradicción que revele lo que está en el corazón de la gente.

Confío que Dios nos ayude a ser una señal que sea fácilmente leída: deletreada correctamente, legible y limpia de todo “lodo” que pudiera oscurecer su mensaje. En un mundo perdido y en confusión, una señal así, bien leída, puede ser la salvación de todos los que la lean.

Tomado de *New Wine* de Mayo, 1982



¿Ha cambiado su dirección?

Muchos de nuestros lectores cambian de dirección sin avisarnos y las revistas enviadas se pierden. Ayúdenos a ser buenos administradores de los recursos del Señor. Repórtenos con anticipación su nueva dirección. Gracias.

¿Está usted recibiendo VINO NUEVO sin quererla?

Si usted no desea recibir VINO NUEVO, por favor notifíquenoslo de inmediato para dejar de enviársela. Gracias.

¿Cuándo fue la última vez que nos escribió?

Si tiene más de un año de haberse comunicado con nosotros, le rogamos lo haga tan

pronto como le sea posible para que permanezca en nuestra lista de envíos. Gracias.

¿Cuánto hace que mandó su contribución para VINO NUEVO?

Contribuir no es un requisito indispensable para recibir VINO NUEVO. Si usted no está realmente en condiciones de enviar su aporte, le seguiremos enviando VINO NUEVO si lo desea, hasta que ya no tengamos recursos para hacerlo. Sin embargo, si está dentro de sus posibilidades enviar un donativo, por mínimo que sea, nos ayudará a mantener esta revista en circulación. Si hemos contribuido para su edificación espiritual, contribuya usted con la extensión del mensaje del Reino de Dios a través de VINO NUEVO. ¡Gracias!

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO
Apartado 5551
1000 San José, Costa Rica